

DOCTOR EDUARDO ALFONSO

PANTON CREMATON

(Ensayos filosóficos)



EDITORIAL ORION
MEXICO, 1956

PANTON CREMATON

DOCTOR EDUARDO ALFONSO

PANTON CREMATON

(Ensayos filosóficos)



EDITORIAL ORION
MEXICO, 1956

Derechos reservados conforme a la ley
Copyright by EDITORIAL ORION

(Meditaciones sobre la Esencia Eterna del Yo, el Tiempo, el Espacio, los Mundos Físico y Psíquico, el Conocimiento, el Pensamiento, la Verdad, la "Era Feliz", y la Posición del Hombre como Ser Social).

por el

DOCTOR EDUARDO ALFONSO

Doctorado en Medicina por el Colegio de San Carlos de la Universidad de Madrid; Miembro del Consejo de Investigaciones de la "Emerson University" de Los Angeles; Catedrático de Historia de la Antigüedad y de las Religiones en los Cursos de Extensión de la Universidad de Chile; Miembro de Honor de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala; Profesor de Biología y de Física y Química en la High School y el Junior College de Río Piedras (Puerto Rico), etc., etc.

IMPRESO EN MÉXICO
PRINTED IN MEXICO

INTRODUCCION NECESARIA

(Por consiguiente, para que sea leída).

Este libro está formado de ocho "Meditaciones". Y he titulado con esta palabra "meditación" a cada una de sus partes o artículos, porque la meditación es una acción mental que no indica conclusión.

Meditar es elaborar las intuiciones por medio de la razón; y la razón (aparte la lógica y las matemáticas, donde el pensamiento, obrando de acuerdo con sus propias leyes, llega a verdades inmanentes y apodícticas o ciertas) no basta en los hechos de experiencia para llegar a conclusiones definitivas de interpretación. Toda "verdad" para que pueda ser considerada como tal, ha de ser "demostrable"; si no es demostrable no pasa de ser

una "opinión". Y una opinión podrá ser un juicio asertórico o problemático, pero nunca apodíctico.

Conviene poner estas cosas en su lugar, porque hay muchas personas que se hacen injustificadas ilusiones en cuanto a la posesión de la verdad. El "dogma" ha estado siempre, y sigue estando, a la orden del día. El *dogma*, "forma doctrinal" o "decretada", es una cristalización del pensamiento, consecuente a una serie de meditaciones sobre un objeto cualquiera. No tratándose de la lógica y de las matemáticas, toda afirmación dogmática, por muy bien elaborada que haya sido por la razón, no debe considerarse mas que como una "hipótesis perfectible". El orgullo intelectual no tiene derecho a pasar de ahí.

Por todas estas razones, yo invito al lector que tenga la paciencia de seguir mis "meditaciones", que las considere como suyas y saque sus propias conclusiones. Mis conclusiones no tiene más pretensiones que las que pueda prestarles la fuerza suasoria de mis argumentaciones.

Tengo la convicción de que para captar la verdad en cuanto a cualquier objeto de conocimiento, hace falta meditar sobre él muchos años. Toda esta elaboración racional sostenida durante mucho tiempo, puede conseguir al fin la intuición o "certeza subjetiva", que luego podrá o no podrá ser demostrada. Pero lo importante es que cada uno capte su "verdad" o sea su convicción.

La inteligencia no consiste en saber razonar con corrección, sino en saber "captar la verdad". Se puede ser muy lógico y poco inteligente; como también hay personas muy inteligentes que no saben razonar bien.

La razón es el gran privilegio del ser humano, pero no es más que una "facultad"; un gran mecanismo para pensar, que nos dá la garantía de que la cosa intuita (o "inteligida") está de acuerdo con la realidad del hecho u objeto interpretado.

El lector ya sabe a que atenerse en cuanto a mis "meditaciones". Solamente debe pensar, al final, que todo lo expuesto en estas

páginas como fruto de mis pensamientos durante 39 años, obedece a una íntima convicción.

Eduardo Alfonso

Miami (Fla.) 31 Julio 1954.

I

MEDITACION SOBRE LA ESENCIA ETERNA DEL YO

Piensa y medita las siguientes afirmaciones que has de hacerte tú mismo, sin pasar a una de ellas hasta haber adquirido certeza en la anterior. (1)

a).—Me encuentro en esta vida sin saber por qué. Sólo sé decir ciertamente: "Yo soy, conozco y siento".

b).—Al decir "yo soy" reconozco mi propia esencia. Pero cómo puedo decir "yo soy"

(1). Esto puede hacerte suponer que el autor de ellas pretende estar en lo cierto infaliblemente; pero deja a un lado esta preocupación y trata de ver si puedes llegar tú a conseguir tu propia certeza, que no será otra sino tu subjetiva convicción.

al instante siguiente, con el mismo carácter de "tiempo presente" que en el instante anterior, adquiero la convicción de la eternidad de mi esencia o sea de mi presente esencial invariable.

c).—Dado el hecho de que yo puedo afirmar que "soy" en el momento presente, tengo que admitir que he hallado abiertas las rutas que me han traído a mi actual existencia consciente, entre la infinitud del tiempo pasado y la infinitud del tiempo futuro.

d).—Luego debo reconocer que dichas rutas pueden hallarse igualmente abiertas para mí en lo sucesivo como lo fueron ahora.

e).—Si en la infinitud del tiempo pasado no se han agotado las posibilidades de que yo exista, quiere decirse que hay en mí algo que necesariamente "es" independientemente del tiempo.

f).—Reconozco que el tiempo no es una propiedad de los seres o de las cosas, sino un concepto ideal y subjetivo forjado en mí por la sucesión de estados diferentes de lo existente. Luego si mi certeza de que "yo soy" es presente e idéntica a sí misma

en cada instante, me convengo nuevamente de que mi "esencia" (o propiedad de "ser") está fuera del tiempo (es atemporal).

g).—El "yo soy" puede repetirlo cada ser consciente con los mismos caracteres de presencia y eternidad (o "atemporalidad") con que lo hago yo. Luego lo que es presente y atemporal en todos los seres existentes es "idéntico" en todos ellos. Concluyo pues afirmando con certeza que lo que es idéntico y eternamente presente es "único", porque lo que cambia, se diferencia o varía, es irremisiblemente temporal y no puede ser único.

h).—De aquí que pueda afirmar que la "esencia" de todos los seres es la misma e idéntica a la mía.

i).—Esta afirmación me traslada mentalmente desde un hecho subjetivo (el reconocimiento de mi "esencia" atemporal) a un hecho trascendente o cósmico (el reconocimiento de esta misma "esencia" en las otras criaturas). Y entonces percibo la realidad de la "Unidad en la Variedad" y la ilusión de la separatividad.

j).—Si yo como persona existo en el tiempo separadamente de los demás seres, solamente puedo reconocirme idéntico a mi mismo por el recuerdo o “memoria” de los hechos o experiencias pasadas, que se hilan o ensartan en mi conciencia dándome el sentido de continuidad. O dicho de otro modo: mi conciencia es el nexo donde se unifica subjetivamente lo objetivo, variable y transitorio.

k).—De aquí deduzco y percibo que si desapareciese en mi el recuerdo, que es la imagen de lo temporal, viviría en la conciencia de la unidad con todos los seres, y en la conciencia de mi “realidad” eterna, que es la misma. Lo cual me lleva a la convicción de que hay en mi un “Yo” que “es” y un “yo” que “existe”, que se reflejan en la misma conciencia.

l).—La ausencia del recuerdo equivale al desconocimiento del yo “que existe” o personal, pero no del Yo “que es” o esencial. El “Yo esencial” carece de recuerdo por que no tiene conciencia del “devenir” sino conciencia del “ser”. Todos los hechos de la vida sensible que en la conciencia del “yo tempo-

ral” se almacenan en forma de memoria, se incorporan al Yo esencial, no como representaciones, sino como potencias o intenciones. De aquí la falta del recuerdo del “pasado de nuestro “Yo esencial”, sustituida en él por la conciencia evidente del “eterno presente”, es decir el advertimiento de su propio “ser”; que en realidad es “senciencia”. (1)

m).—Si prescindiendo del recuerdo, fuese yo capaz en este mundo de los sentidos, de poner mi conciencia en la conciencia de las otras criaturas, la identificación entre su esencia y la mía sería una experiencia interna de evidencia absoluta. Esta experiencia no tiene más que una clave segura: el *amor*.

n).—Pero el amor no es solamente simpatía, dulce emoción o ternura, sino un acto de voluntad, (un verdadero “te quiero”) con total despreocupación de todo deleite particular, tanto bajo como elevado, que se consuma en una percepción espiritual que une a los seres en esencia.

(1). Así, después de la muerte seremos “individualidades sencientes” pero no “personalidades conscientes”.

ñ).—La razón y la meditación pueden ser caminos del amor cuando van más allá del entendimiento para entrar en el advertimiento; cuando de la abstracción conducen a la contemplación.

o).—El amor como impulso de voluntad desinteresada, es la llave que en este mundo del devenir nos abre la puerta de la eterna realidad del ser. Medítese bien esta afirmación por medio de consideraciones como las siguientes:

El amor nos conduce siempre a un estado de conciencia atemporal. Esto es bien patente hasta en las fases más humanas del amor. Los amantes, a pesar de que enraizan su sentir en la atracción instintiva, llegan a verdaderos estados de exaltación mística, henchidos de abnegación y desinterés. El hombre que ama la ciencia se abstrae en el mundo de las ideas olvidándose de sí mismo y de su pasajera condición terrestre. El artista que ama la belleza se abisma en raptos de inspiración y creación para darnos "una imagen eterna del fenómeno temporal".

El alma que ama vive en lo que ama más que en su propia persona; como ocurre en los casos citados del amante, del místico, del científico o del artista. Pero el amor sensible de las emociones, aunque une en acto no une en esencia, porque intensifica el "yo personal" que es el obstáculo final para la adquisición de la conciencia atemporal.

"El amor es infalible; no tiene errores, pues todos los errores son faltas de amor". (William Law). Efectivamente, el amor al hacernos trascender lo temporal y contingente, nos conduce a la raíz de toda verdad que es nuestra Esencia en la cual se unifican el Ser y el Conocer: Dios es en mí y Dios conoce en mí, que podría decir cualquier místico.

El Problema del Yo.

Al haber afirmado en las líneas anteriores que el "yo" tiene esencia eterna, hemos dado por supuesta la posibilidad de hipostasiar el "yo" en una "entidad" metafísica.

Algunos autores han opinado que lo que llamamos el "yo" no es más que *el sentido del nexo* de las distintas vivencias de la vida material *por cada individualidad*.

Pero esta afirmación supone admitir que hay "alguien" que *siente* o *conoce* el nexo de las vivencias, porque el conjunto de todas estas no puede crear la *individualidad consciente*. O dicho de otro modo, el conjunto de vivencias organizado no puede conocerse a sí mismo.

Por otra parte, desde el momento en que cada uno de nosotros ha aparecido en este mundo como una individualidad consciente, hay que admitir una causa que ha motivado esa individuación, antes de que la *consciencia* (propiedad de conocer) haya captado el primer contenido consciente. Esta causa de individuación con propiedad potencial de conocer y sentir, y que es anterior al conocimiento mismo, es lo que llamamos el "yo".

Mas, cabe preguntarse: Esta argumentación ¿nos dá derecho a hipostasiar este "yo" en una entidad, o sea en una *unidad psíquica* o "alma"?

Ha sido opinión de algunos filósofos, la de que no cabe considerar al "yo" como una unidad existente por sí misma, ya que no es capaz de llegar a la consciencia de sí mismo in-

dependientemente de los objetos del querer y del conocer. Es decir, que, la consciencia del "yo" provendría de la actividad interior ante los objetos de percepción exteriores a él. Otros filósofos consideran al "yo" como nuestro propio "ser"; por tanto anterior a todo acto de nuestras facultades, y, como consecuencia luminoso por sí y ante sí mismo aún sin recibir la luz reflejada del acto que le informa.

Este problema puede quedar resuelto si pensamos que consciencia, subconsciencia e inconsciencia no son más que estados de un mismo "ser", y que, tanto da que tengamos o no consciencia del "yo" para que sea un hecho su realidad metafísica. (La inconsciencia producida por el sueño o por un accidente, no quita realidad al yo, que reaparece ante sí mismo al despertar).

Arturo Schopenhauer, tan reacio a aceptar el concepto del "alma" como hipostasis del conocimiento y del querer, dícenos sin embargo: "El fenómeno individual que constituye mi persona es una parte infinitamente pequeña de mi verdadero ser". "¿Qué me importa la pérdida de mi individualidad si

lleva en mi seno la posibilidad de millones de individualidades"? Entonces —decimos nosotros— por encima del fenómeno individual con sus estados de consciencia e inconsciencia, tenemos que colocar al verdadero ser (como él mismo dice) que en su filosofía queda identificado con la "voluntad".

En realidad, es hasta cierto punto indiferente que a nuestro "ser" llamémosle con cualquiera de estas palabras: *Voluntad* (querer o impulso), *Espíritu* (soplo o aliento), *Psique* o *Anima* (soplo). Tras de estas palabras se esconde el concepto del "yo" que da unidad a todas las vivencias; lo cual no deja de ser reconocido por Schopenhauer cuando nos dice: "Al decir el "yo" se trata de la voluntad que es el verdadero y último principio de unidad de la consciencia, el nexo de todos sus actos y funciones". Cosa ratificada por algunos de sus más destacados seguidores como Lipsius y Sapper que afirman lo siguiente "Percepciones y sentimientos están indisolublemente unidos en la vida, no pudiendo separarse más que en teoría. De aquí se sigue la identidad del centro sentimental con el cen-

tro perceptivo y también con el centro activo, la voluntad. Por lo mismo esta se convierte en portadora y punto central de nuestra vida consciente en general: esto es, en el yo "real".

Pero, aún considerando a la *voluntad* como centro del "ser", y a la consciencia (inteligencia) como un órgano psíquico accesorio para los fines de aquella, hay que reconocer que la voluntad presenta distintas *intenciones* en los diversos seres, y aún dentro del devenir de un mismo ser. Y las *intenciones* (como impulsos en un determinado sentido), son, en realidad, "modos de conocimiento" o "estados abstractos de consciencia" incorporados a la esencia misma de la voluntad. De esto se deduce que aún no siendo la voluntad (el yo) el asiento de la consciencia concreta, si es el soporte de una "masa" psíquica inconsciente que se revela en *intenciones* y *voliciones* (modos potenciales y activos, respectivamente, del querer) y que a veces puede concretarse por los mecanismos invocativos de los centros cerebrales de la inteligencia.

De este modo, el progreso evolutivo de cada "yo" pudiera traducirse por un perfec-

cionamiento de las intenciones de la voluntad, en virtud de una mayor suma y profundidad del conocimiento, o, lo que es lo mismo, de una más calificada "masa psíquica inconsciente".

Hay pues, a lo largo de la vida, una incorporación de lo psíquico a la esencia del "yo"; una realidad filosófica del bello relato mitológico de "Psiquis y Eros", en el cual "Psiquis" o el alma humana, se une en lo alto con "Eros" el espíritu inmortal que la cobija; y esta es la salvación de "Psiquis" al convertirse en conciencia de "Eros".

Es un hecho comprobable por introspección que el conocimiento concreto de un objeto, captado por vía sensorial, se abstrae en una intuición, del objeto, que origina en nosotros un "sentir" de la cosa, que no es sino un "estado de conciencia que acaba determinando una "intención de la voluntad". Es decir, existe un mecanismo psíquico por el cual las vivencias concretas de la inteligencia, se abstraen convirtiéndose en sentimiento (intuición) y luego en intención. Lo importante para la finalidad de nuestro "yo"

es esto último, la intención, que da a la voluntad un "determinado sentido". Por esta razón las religiones — como con mucha razón apunta Schopenhauer — ofrecen premios a las virtudes de la voluntad pero no a las de la inteligencia.

¿Puede llamarse "inconsciencia", en un sentido absoluto, al contenido "intencional" de la voluntad? A mi modo de ver, no: En el fondo de toda intención hay un "discernimiento" que determina a seguir un camino y no otro; si bien esto no aparezca como resultado inmediato de motivos racionales o intuitivos (es decir, inteligentes). Pero que sin duda obedece a motivos inteligentes de un pasado indeterminable. Inteligencia, sentimiento y volición no son más que tres eslabones de una misma cadena funcional por medio de la cual llénanse de contenido las propiedades esenciales de nuestro "yo". Al principio de esta cadena está la inocencia, al final la sabiduría. Lo peligroso está formado por esos estados intermedios de la "erudición" y la "cultura" a secas, que a veces extravían las intenciones de la voluntad por los caminos del egoísmo, el crimen (más o

menos científicamente realizado), el odio y los vicios; frutos la mayor parte de las veces de una "ignorancia ilustrada".

Las anteriores consideraciones ratifican nuestra tesis de que el "Yo" es una entidad metafísica con las propiedades inherentes a su naturaleza espiritual (ser, conocer y querer) y de que todo su contenido de psiquismo consciente o subconsciente proviene de pasada existencia en forma física o hiperfísica; y que en esta masa de psiquismo inconsciente hay que buscar la causa de sus actuales intenciones, como trataremos de probar en el siguiente artículo.

La filosofía de Oriente considera al "Yo" individual de la misma esencia que el "Espíritu Universal", y expresa el concepto de ambas esencias con el mismo vocablo "Atman".

De este modo, nuestro "yo" o espíritu individual vendría a ser como una irradiación del Espíritu Universal, al modo de las chispas que proceden de un mismo fuego, o del brillo de las distintas gotas de agua que reflejan un mismo sol: según la feliz imagen de la escuela Vaishnava de Ramanuja.

Siendo nuestro espíritu una "parte" o proyección del Gran Aliento Cósmico (del Gran Hábito Universal), participaría de su intangible *realidad*; y ya sabemos por la filosofía de Oriente que, lo "Real", "Tat" o "Aquello" no puede aniquilarse.

Y, por otro lado, la Causa Real a cuya esencia pertenece nuestro espíritu individual, contiene todos los efectos; y así, nuestro "yo" lleva potencialmente la "divina sabiduría" y el "supremo poder", que no necesita sino irse despertando en sus reacciones de "conciencia" y "senciencia" ante el mundo que le rodea.

Para la filosofía oriental el conocer es un despertar (como para Platón es un "recordar"); para la filosofía de occidente es, un "captar". Quizá el verdadero concepto está entre las dos cosas o comprende a las dos. Nosotros *educimos* el "Pensamiento Eterno" que potencialmente nos pertenece, captando sensaciones del mundo ambiente, que, transformadas por nuestra inteligencia en "representaciones", nos van revelando el orden ló-

gico del Universo en la medida en que nuestro pensamiento sea capaz de hacerse dueño de él.

Bajo este punto de vista, la "masa psíquica inconsciente" no sería sino la "sabiduría divina" potencial que a veces aflora en nosotros en raptos de inspiración. El "dios" inmanente en nuestro ser, que es el mismo "Dios" inmanente en el Universo, hace de cada uno de nosotros, por medio del conocimiento, una "criatura divina", un "chrestos" o "ungido". Ya lo dijo Platón: "Dioses sois y lo habéis olvidado". Ya lo dijo también la serpiente a Eva: "Si coméis de la fruta conoceréis, y al conocer seréis tanto como Dios".

Consideraciones sobre el sueño y la muerte. Psicología del subconsciente.

Durante el sueño profundo se pierde en absoluto la conciencia (tanto la conciencia del "yo" como la de los objetos externos); pero al despertar, se recupera la conciencia sin que haya variado para nada el sentido del propio "yo" ni el recuerdo de las experiencias

anteriores de la vida. Este hecho significativo, a pesar de su sempiterna vulgaridad, quiere decir que, a través del estado de inconsciencia temporal, persiste incólume el "nexo" que une en una *individualidad* las distintas vivencias experimentadas en el estado de vigilia.

Ahora bien, durante el sueño con ensueños, a pesar del aislamiento del mundo de los sentidos, y por tanto, de la anulación de la conciencia física inmediata, nosotros experimentamos una vivencia de imágenes *recordadas* que se disponen en panoramas mentales con arreglo a ciertas leyes de "novelación", pero que giran constantemente alrededor de la *conciencia de nuestro yo*, siempre invariable e igual a sí mismo. (Es decir, nunca tenemos la conciencia de ser otro "yo").

Además, durante el ensueño, nuestro yo consciente reproduce ni más ni menos que experiencias de la vida física; o lo que es lo mismo: *recuerda*. El *recuerdo* o *memoria* supone la incorporación de vivencias a un elemento metafísico que es el *que recuerda*, a

través de los estados de inconsciencia del sueño profundo uno y otro día. (1)

(1). Esta conclusión requiere un poco más de meditación:

Durante el **ensueño** nosotros recordamos personas, cosas, lugares, situaciones y episodios de nuestra vida. Esto quiere decir que en nuestra conciencia onírica funciona una memoria concreta cuya explicación nos conduce a este dilema:

Esta **memoria** es el resultado de una actividad de imágenes sensoriales (de centros imaginativos cerebrales) como excepción al reposo general del cerebro durante el sueño. O bien es una función puramente psíquica en la que, por consiguiente, no interviene el cerebro.

Si la memoria onírica fuese resultado de una función parcial del cerebro durante el sueño, tendríamos que admitir que este órgano está capacitado para remover imágenes o engramas de sus centros sensoriales en momentos en que los sentidos están completamente aislados o inhibidos de toda comunicación con el mundo exterior. Esto sería tanto como suponer una introversión de la consciencia, por la cual esta dispondría de los archivos de la memoria cerebral sin estímulo externo; o sea un enfoque de esta consciencia, no en el mundo exterior, sino en la representación de este mundo en nuestro interior orgánico.

Hay autores que admiten que, el sueño abre las puertas de nuestra actividad "paleopsíquica" ("psiquismo ancestral") mientras reposa el "neocéfalo" (corteza cerebral u órgano de las imágenes actuales); pero, al parecer ocurre todo lo contrario, por cuanto al soñar se reproducen imágenes de nuestra vida actual.

(Continúa en la pág. 31).

Quiere decirse que la inconsciencia absoluta del sueño profundo *no supone la pérdida del yo*. Y esto hay que aplicarlo a la muerte.

Posiblemente la muerte supone un estado o etapa de inconsciencia del *yo individual*; con respecto al mundo exterior; aunque puede ser que en este estado, como durante el ensueño, haya etapas de rememoración de vivencias pasadas de la vida terrena, aunque

Si la memoria onírica es una función puramente psíquica, entonces tenemos que admitir que las imágenes de que se sirve, no son los engramas cerebrales, sino imágenes hiperfísicas plasmadas en el "eterosoma" u otro vehículo sutil, o bien proyecciones más o menos concretas de nuestras representaciones conscientes cuyo material primo hubo entrado antes por nuestros sentidos. Es decir, algo así como lo que ocurre en la radiotelefonía o la televisión, por medio de las cuales una imagen original sensitiva, acústica u óptica (palabra, escena, etc.) se transforma en vibración eléctrica (desconcretándose), luego en onda etérea (desconcretándose más), tras de lo cual vuelve a concretarse en nuevas imágenes semejantes, en sitio, tiempo y modo diferentes. Nuestra consciencia, donde se conserva una representación abstracta (es decir "desconcretada") de un hecho o una cosa, sería capaz de volver a concretar sus contenidos abstractos, y aún subconscientes, en forma de nuevas imágenes que reproducen las originales sensoriales, como una "televisión" o "radioaudición" realizada por nuestros íntimos mecanismos psicológicos y cerebrales.

hemos de suponer que "en abstracto" por haberse destruído con la muerte todo instrumento de la memoria concreta. Pero esto no supone, en ningún caso, la pérdida del "yo", ni filosóficamente hay razones para suponerla.

La muerte es un sueño más largo, que tiene la especial característica de "haberse perdido el cuerpo". ¿Es esto algo irremediable para la persistencia de la autoconciencia del "yo"?

Si es cierta la ley de Analogía que determina la semejanza de los ciclos en la Naturaleza, hemos de suponer fundadamente que así como después del sueño revive nuestro "yo" en la conciencia física también debe revivir nuestro "yo" en una nueva etapa de conciencia tras el lapso de vida metafísica post-mortem. Pero en este caso (que podría explicarse por "reencarnación" en una nueva personalidad) queda por explicar el problema del recuerdo de una vida pasada terrenal, al perecer ausente del "yo".

La *memoria* es, aparentemente señal cierta del nexo que une las distintas vivencias, co-

mo ya hemos dicho; aunque este nexo, que es nuestro "yo", se reserva el privilegio de combinarlas (o "novelarlas") según sus distintos estados. Un loco o un durmiente que sueña, no combinan sus recuerdos de la misma manera (llamémosla lógica o racional) que una persona normal en estado de vigilia. Por otra parte, muchas de las vivencias que hemos experimentado en la vida, no se conservan en la *memoria activa* sino que han pasado al "subconsciente" en forma de memoria oculta o "criptomnesia", y pueden aflorar al umbral de la conciencia activa espontáneamente o por determinados mecanismos psíquicos (inspiración, hipnosis, mediumnidad, psicoanálisis, sonambulismo, etc.).

Todo esto quiere decirnos, como ya hemos afirmado líneas arriba, que conciencia, subconsciencia e inconsciencia, no son más que "estados" de una misma entidad metafísica que no se pierde en su individualidad o esencia. Y por tanto "inconsciencia" no es "aniquilamiento".

Cabe ahora preguntarse: ¿Puede llegar un momento en el devenir del "yo" en que se

hagan luminosas ante el mismo, todas las vivencias experimentadas en su existencia o existencias, sin que quede nada en la masa psíquica inconsciente o subconsciente? He aquí un gran problema de la metafísica cuya solución afirmativa podría considerar a la "omnisciencia" como la etapa final de una evolución gnóstica del "yo". Una especie de "glorificación o apoteosis".

La falta de memoria del pasado de nuestro "yo" justifica todo ese caudal de contenido subconsciente; como este justifica la ausencia del recuerdo. Pero no olvidemos la posibilidad de exhumar de esa masa psíquica subconsciente o memoria oculta, vivencias que no hallan explicación en el "estado de conciencia" actual, y que se revelan o reproducen ante un "yo" que, al parecer, no sabe nada de ellas. Significativas a este respecto son las magníficas experiencias de Lancelin y de De Rochas sobre "regresión de la memoria" y "personalidades yacentes" (1) así

(1). —De las cuales hago mención en la pág. 183 de mi obra "Problemas Religiosos e Historia comparada de las Religiones".

como las observaciones de Charcot en casos de grande histeria. (1)

Si el alma (el "yo") fuese nueva y creada por Dios para cada cuerpo que nace, evidentemente no traería a este mundo ningún bagaje inconsciente ni subconsciente, porque *antes nada habría conocido*. ¿Cómo explicarnos entonces la existencia de este conocimiento "oculto"?

El cerebro no basta para explicarnos el contenido de la subconsciencia porque es una formación de esta vida.

Se podrá argüir que el cerebro trae por herencia la disposición de los mecanismos generales de la inteligencia en los cuales quizá pudiera encontrarse la explicación de "ciertas actitudes" mentales. Pero esto no explica la revelación de "personalidades yacentes" que nada tienen que ver con una "masa psíquica ancestral colectiva" puesto que no son comunes a todos. Y aún esta "masa psíquica"

(1).—Charcot cita el caso de una inculta campesina francesa que nunca salió de su país ni jamás hubo aprendido otro idioma, la cual habló en arameo en una de sus crisis de gran histeria.

no debe ser confundida con los mecanismos cerebrales que solamente son su instrumento. (Por ejemplo: el mecanismo cerebral del lenguaje es el mismo aunque luego pueda hablarse en castellano, en inglés o en árabe, o en los tres idiomas por un mismo sujeto).

Como consecuencia de estas meditaciones quedamos el dilema de suponer que el bagaje de "masa psíquica no consciente" procede de la experiencia y estudio de una vida física anterior (doctrina reencarnacionista) o procede de un estado contemplativo del "yo" en una existencia metafísica pre-natal (doctrina platónica de la preexistencia del alma). Lo que nunca podremos lograr será una explicación de la "psicología del inconsciente" por los resultados del estudio y experiencias de esta sola vida material.

Bien es verdad que "la educación consiste en convertir lo consciente en inconsciente"; es decir, convertir en mecanismos psíquicos y orgánicos lo que en principio tuvo que "ser pensado". Pero este hecho no puede aclararnos el enigma de la revelación, en un indivi-

duo determinado, de conocimientos que no ha captado por las experiencias de esta vida, como los citados de "personalidades yacentes", "regresión de la memoria" y casos de histerismo profundo.

Platón decía que "aprender es recordar" (¿recordar qué?) y admitía un caudal de "ideas innatas" por la contemplación que el alma había realizado en una existencia metafísica anterior. En ambas afirmaciones es ineludible la admisión de la pre-existencia. Toda la psicología del subconsciente, luego luminosamente planteada por Schopenhauer, tiene aquí su raíz.

Hay que decirse, como el filósofo: "Yo tengo conciencia de mí mismo; luego *soy*. Yo sé que *fui* porque muchas cosas nuevas no son nuevas para mí. Yo sé que *seré* porque llevo en mí el anhelo de ser más de lo que ahora soy".

Mas sobre la conciencia y la inconsciencia.

Es el caso que la suprema pretensión y también el supremo enigma de la vida de cada hombre, es el de la permanencia de la *conciencia* después de la muerte.

A esta permanencia la llamamos "inmortalidad del alma".

Claro es que, la permanencia de esa *conciencia* o *conocimiento* de las cosas de este mundo, habría que confiarla al *recuerdo* de ellas, puesto que, con la muerte, nos quedamos sin los sentidos que aprecian "en acto" las realidades del mundo físico. A no ser que dispongamos de otra clase de sentidos "metafísicos" con los cuales podamos seguir ejercitando esa conciencia en otros mundos de distinta naturaleza.

Pero, supongamos que nuestra *conciencia individual* (esa que se ha desarrollado en este mundo) carece de nuevos sentidos en el "más allá", y tiene que perdurar basada en el *recuerdo*. ¿Hay posibilidad de recuerdo habiéndose destruído el cerebro? En otras palabras: ¿la memoria es solamente un hecho físico?

Carecemos de contestación evidente o demostrable para esta interrogación... pero, sigamos suponiendo —poniéndonos en lo peor— que nuestro "yo" carezca de memoria después de la muerte, como carece de sentidos. Entonces nos diremos: La muerte es la inconsciencia... pero, también el sueño es la inconsciencia como sabemos... ¿Y, pues?

Es muy curioso y profundo el hecho de que nuestra conciencia tenga conocimiento de la inconsciencia por experiencia propia. Cada uno de nosotros sabe (o conoce) por experiencia diaria lo que es dormirse en la inconsciencia y despertarse *para* la conciencia.

Despertarse para;... porque hay alguien que espera en la inconsciencia la luz del nuevo día...

Pero el hecho de conocer (en los momentos en que estamos conscientes) que hay inconsciencia en otros momentos, no es lo mismo que la inconsciencia misma como hecho. Es decir, una cosa es estar inconsciente y otra cosa es conocer que se ha estado inconsciente.

La inconsciencia es la nada como acto (¿podemos llamar acto a la inconsciencia?) y tam-

bién es la nada como experiencia. Sin embargo, la experiencia diaria de esta nada, que nuestro yo recibe con absoluta tranquilidad y aún con satisfacción (cuando se está cansado o amargado) le da una suerte de conocimiento de lo incognoscible por medio del cual sabemos "a que sabe" la inconsciencia. Es decir, es una "experiencia" ajena a todo acto de conocer o recordar, tras de la cual sale incólume el "yo".

En la inconsciencia no existe objetividad, ni tiempo, ni espacio, ni siquiera la percepción del propio "yo". ¡Que estado tan misterioso! Pero mejor diríamos: en la inconsciencia *no existe apreciación subjetiva* de lo objetivo, ni siquiera de nuestro propio "yo" como un objeto más de conocimiento. No obstante, nuestro "yo" existe como entidad, puesto que resurge íntegro a la conciencia objetiva y subjetiva.

Este hecho de la inconsciencia durante el sueño nos hizo afirmar que *consciencia e inconsciencia* son "estados" de un mismo "yo".

Ahora bien: La inconsciencia durante el sueño, ¿es una consecuencia de hallarse ce-

rrados los sentidos para el mundo externo? Es decir: ¿será resultado de hallarse el "yo" nublado por la envoltura de la materia? Cuando dejemos la materia por la muerte, ¿podrán las potencias perceptivas de nuestro "yo" apreciar *otras cosas de otros mundos* distintos?

Hace falta saber pues, si la inconsciencia del sueño (que conocemos "por experiencia") es algo distinto del estado de conciencia o de inconsciencia que "experimentamos" después de la muerte.

¿Será la muerte una aniquilación total o una iluminación total?

Debemos pensar que el hecho de encontrarnos *conscientes en este mundo*, supone la existencia de una "causa de individuación" anterior a la consciencia misma; puesto que lo que llamamos nuestro "yo" no ha venido a manifestarse en este mundo por su propia deliberación o albedrío (o, por lo menos, somos en la actualidad inconscientes de ello).

Creados por un Dios, o "proyectados" en este mundo material por nosotros mismos, venimos con la conciencia de nuestro "yo",

que es la conciencia de la propia limitación, puesto que nos sentimos distintos de los demás; distintos de lo que no es nosotros; distintos de todo lo que es "no yo". El límite de mi "ser" termina donde empieza el límite de los otros seres. Soy hasta donde empiezan a ser ellos, pero *no soy en ellos*. Esta conciencia de "separación", es precisamente el "principio de individuación" por el cual podemos decir que "somos"; y que no es el pensamiento, ni el recuerdo, ni el sentimiento, sino algo anterior a todo esto sobre lo cual luego se hace el pensar, el sentir y el recordar.

¿Y qué de violento tiene el que afirmemos que ese "principio de individuación" de nuestro ser, que es anterior a la vida consciente individual, sea también posterior a esta misma vida?

¿No satisface esto al sentir, a la razón y a la vida?

Puede pensarse por algunos que ese "principio de individuación" que subjetivamente se nos dá como conciencia de nuestro "yo", sea un producto de la vida material, de nuestra personalidad orgánica unificada por nervios

sangre y glándulas. Pero, pensando de tal manera, habremos de ser consecuentes pensando también que, entonces, nuestra conciencia sería, como nuestro organismo, una parte desarrollada de nuestros padres en continuidad substancial. Pero los hechos no parecen apoyar este pensamiento. Y en todo caso, hay que pensar aún que el desarrollo de un organismo independientemente según un modelo específico, supone la preexistencia del modelo, es decir, un *arquetipo* que no reside en el mundo de los sentidos o de las tres dimensiones. Y este arquetipo, ¿no es alma?

¿Es quizá este "arquetipo" el alma de la especie? Quizá. Pero considerado así no explica la conciencia individual, sino, en todo caso, lo que hay de común en la conciencia (o en la subconsciencia) de todos.

Pero consideremos ahora además, este otro hecho de la vida diaria, que es por sí mismo altamente significativo. En un proceso tan objetivo y material como es la vida orgánica, *las funciones viscerales se realizan en una total inconsciencia*. No sentimos como funciona el sistema nervioso, ni como se contrae

el corazón, ni como segrega insulina el páncreas. Subjetivamente todo esto pasa inadvertido; objetivamente necesitaríamos abrir nuestro cuerpo para verlo de algún modo. Sin embargo nadie puede negar que este hecho objetivo en mundo de tres dimensiones, pasa inconsciente objetiva y subjetivamente en estado normal para nuestra conciencia, que está hecha expresamente para este mundo. Y esto ocurre nada menos que en nuestro propio cuerpo que consideramos como la indiscutible realidad. ¿Dónde está pues la realidad?

La inconsciencia ¿deja de estar vinculada a la realidad?

Si pues cosas comprobadamente reales se "realizan" inconscientemente, en buena lógica *la inconsciencia no supone ausencia de realidad.*

Y así, la inconsciencia tras la muerte (poniéndonos, repito, en el peor de los casos) no supone aniquilamiento de eso que en el vivo percibe muchas cosas ajenas y no percibe sus propias e íntimas funciones corporales.

Aún suponiendo la total inconsciencia post-mortem, dado que en ese estado no hay tiem-

po, ni espacio, ni objetos, no hay tampoco la angustia de la nada, ni siquiera de la soledad del "yo" sin el mundo objetivo.

Pero hay razones (y no digamos sentimientos y ansias) para no decidirse por la admisión de una inconsciencia absoluta en ninguno de los dos casos (sueño y muerte). Cuando nos acostamos preocupados con la necesidad de despertarnos a una hora fija (y carecemos de despertador), a pesar de la inconsciencia, nos despertamos a la hora deseada, muchas veces con puntualidad matemática. ¿Quién ha velado con conocimiento del tiempo que ha pasado o con conocimiento, al menos, de la posición de las manecillas del reloj? No es nadie extraño a nosotros. Hay una inconsciencia "consciente" (permítaseme esta aparente paradoja). Hay una "senciencia" diríamos mejor, que de cierta manera "discierne" las intenciones; y este discernimiento es "conocimiento" y por tanto conciencia. Como es conciencia el sentirse bien ("euforia") que es "no sentirse" ninguna función orgánica, sino la síntesis del "bien llevar" de todas, que cuanto más inconscientes mejor.

Y si, pues la inconsciencia de las funciones orgánicas se traduce en ese estado superior de conciencia que es "sentirse bien" o *euforia*, ¿qué dificultad hay en admitir que la inconsciencia del mundo material tras la muerte no haya de traducirse en un estado superior de conciencia (llamémosla "espiritual"), una especie de "euforia metafísica" que no deja de ser conciencia? Conciencia de otra manera de estar.

Hay que convenir en que el proceso de nuestra alma consiste en echar al subconsciente todas las cosas conocidas, convirtiéndolas en estados de conciencia abstractos. Con la muerte, el alma (el "yo") echa al subconsciente de una vez toda la vida objetiva.

Realmente, para nuestra conciencia actual, va muriendo el mundo y vamos muriendo nosotros poco a poco mientras dura la vida.

"Nuestras vidas son los ríos
que van a dar a la mar,
que es el morir".

que dijo Jorge Manrique; esto sin contar con lo que en la conciencia no ha nacido, de

cuya futilidad también se hizo eco el admirado vate:

"Y pues vemos lo presente
como tan pronto es ido
y acabado,
juzgaremos sabiamente
si damos lo no venido
por pasado"...

No se engañe nadie, no,
pensando que ha de durar
lo que espera
más que duró lo que vió;
porque todo ha de pasar
de tal manera".

Efectivamente; ni todo lo real está representado en la conciencia, ni todo lo que está representado en la conciencia corresponde a lo real. No solamente el hecho de funcionar sus vísceras es un acto inconsciente para la propia persona, sino que también son inconscientes para ella todas aquellas manifestaciones del mundo cuyas vibraciones o movimientos no estén comprendidos en la gama apreciable por los sentidos. El mundo del magne-

tismo o de las ondas "hertzianas" es inapreciable por nosotros, y solamente le conocemos por sus aplicaciones y deducciones. Estas vibraciones o emanaciones puede que jueguen un importantísimo papel en el complejo mecanismo de nuestro ser físico, pero nuestra conciencia carece de aparatos receptores para conocerlas objetiva y substancialmente. Otro tanto podemos decir de todos aquellos objetos que por ser excesivamente pequeños (ultramicroscópicos) o estar demasiado lejos (ultratelescópicos) o estar ocultos o no ser sensibles, no han podido penetrar en el mundo subjetivo de nuestras representaciones mentales. En una palabra, somos inconscientes de una gran parte (posiblemente la mayor) del Universo objetivo o manifestado.

Por otra parte, nuestra consciencia está llena de representaciones que no reflejan la verdadera realidad, aunque se corresponden con elementos de esa realidad. Véase el ejemplo que más adelante ponemos (pág. 67) hablando de la solidez de la materia, siendo en realidad la cosa más sutil que imaginarse puede, ya que está formada por minúsculas cargas de energía (electrones) girando a velocidad

des fantásticas; y ese otro ejemplo del batir de las alas de los insectos (pág. 68) en que el ala desaparece como objeto sensible; etc. Las representaciones de la conciencia son formaciones del pensamiento (es decir, del mecanismo del entendimiento) provocadas por ciertos estímulos sensoriales de la realidad; como decimos en esta y otras obras, acordes con el "realismo crítico" post-kantiano.

El mundo que perdemos al morir, hemos afirmado también con Schopenhauer, es el mundo de nuestras representaciones mentales, porque fuera de esto nada conocemos. Pero si nuestras representaciones conscientes no nos dan una noción exacta de lo real, lo que perdemos verdaderamente es un mundo de ilusión.

Cabe entonces preguntarse: ¿qué utilidad puede tener esta vida donde venimos a percibir un engaño y a hartarnos de espejismos?

Nuestra apetencia de verdad reclama un mundo de realidades que se nos den *tal como son*. Queremos conocer la *esencia* de las cosas. ¿No será la muerte, por la cual abdicamos

de este mundo de ilusión, la clave de la verdadera realidad?

Es indudable que las representaciones mentales que producen en nuestra conciencia las imágenes que nos proporcionan los sentidos, nos causan muchas veces inefables y grandiosos estados de espíritu, como sucede con la contemplación de la Naturaleza, la visión o audición de obras de arte, el estudio de las maravillas de la organización biológica, etc., etc. Debemos suponer que la utilidad de la vida física, a pesar de la falacia de los sentidos, es precisamente la consecución de estos estados de espíritu (y aún otros provocados por la angustia y el dolor) con los cuales crece nuestra alma y se compone o edifica esa individualidad o "esencia", cuya persistencia tras la muerte deseamos, y la cual daría sentido (finalidad) a la vida universal, bajo nuestro punto de vista humano.

Si así fuese, habría que perdonar a los sentidos y al mundo su kaleidoscopio de imágenes ilusorias, en gracia al resultado final del crecimiento anímico. Habría, una vez más, que justificar los medios por el fin. Pero,

¿quién es capaz de juzgar el designio de todo esto?

Es lógico pensar que si nuestra conciencia está activa en este mundo de "efectos" (manifestaciones), no tiene por que anularse en el mundo de las "causas" (esencias). Solamente sería lógico pensar lo contrario en el caso de suponer que la conciencia fuese una resultante de impresiones sensoriales y no una capacidad congoscitiva de nuestro "yo". Es decir, el dilema es este: La conciencia ¿es causa del conocer, o el captar imágenes sensoriales es causa de la conciencia?

No hacen falta grandes esfuerzos de concentración mental para comprender que, si las imágenes de los sentidos se organizan y unifican en *una* conciencia, es porque hay "alguien" o "algo" que las unifica. Ellas solas, por sí mismas, no pueden crear el nexo que se revela en esa propia conciencia como un "yo" individual. Las imágenes de los sentidos pueden, a lo sumo, ser el motivo de que esa conciencia se revele a sí misma como un "yo", pero no pueden ser la causa del "yo". La labor de revelarse un "yo" (o lo que es

lo mismo "crearse un alma") no podemos creer que tenga por finalidad ser desecha con la vida por la muerte.

Pero no nos metamos en "finalidades" que sería tanto como abrigar la vana pretensión de atisbar los designios de la manifestación universal. Contentémonos con la más modesta pretensión de percibir en nosotros mismos y en nuestra propia vida la íntima intención de nuestras acciones (que son efecto de nuestra *manera de ser*), y la verdad de este nuestro "ser" y de nuestro "existir" que están por encima (o por fuera) de todo análisis racional. La verdadera conquista en este mundo estriba en llegar a la plenitud consciente de esta afirmación: *Yo soy*.

Desde el momento en que se es, lo demás es de un valor muy relativo. Suponemos que el "ser" puede siempre crearse una conciencia como se ha creado ahora la que usa en este mundo. Sería caprichoso suponer que en lo sucesivo se le han de cerrar las puertas para conseguir lo que pudo conseguir en el presente.

No hay que fiarse de la mentira de la muerte que posiblemente es una ilusión más de la conciencia de los que quedamos en este mundo por un tiempo.

Quiero hacer todavía esta sugerencia:

La inconsciencia del sueño pudiera muy bien ser un efecto de contraste con la conciencia concreta, dura y vívida de la vigilia. Así como nada vemos cuando entramos en un lugar penumbroso tras de haber estado a la luz del sol, también es posible que nada perciba nuestra conciencia durante la penumbra del sueño por haber perdido la esplendorosa nitidez de la vida sensorial. Puede así mismo que tras la vida fenoménica del mundo físico, se nuble la conciencia por un tiempo en la penumbra de la muerte; pero así como cuando la vista se acostumbra a la falta de luz empezamos a poder ver en la oscuridad, así también cuando el "yo" se ha acostumbrado a la inconsciencia del sueño, experimenta al final de este (a la madrugada) esos misteriosos estados de conciencia del "ensueño" que son ya un modo de ver y de vivir conscientemente en un mundo que no es el mundo físico de los sentidos.

¿Qué pues hay de violento pensando que así también cuando el "yo" se haya acostumbrado a la oscuridad y al silencio de la muerte, vaya recuperando su conciencia para los suaves estímulos de la vida metafísica? Algunos sistemas filosóficos así lo reconocen, y puede que no sea extraña a este hecho la frase de "al tercer día resucitó de entre los muertos" que fué formulada en el antiguo Egipto hace muchos siglos.

Ha dicho algún autor:

"La idea de mi mismo soy yo" "La realidad del alma (o la substantivación de la conciencia), ¿no está sino en el pensamiento?

Es decir:

Lo que llamo el "yo" (o sea, aquello que denominó "mi alma") no sería una entidad o substancia, sino simplemente la representación mental de mi mismo. O dicho en otras palabras: yo me revelo a mi mismo como una representación en mi conciencia.

Pero esta manera de ver el problema, en la que quiere escabullirse el alma como entidad o substancia, tropieza con graves obstáculos en su simplismo conceptual.

¿Qué queremos decir con eso de *mi mismo*? ¿Qué es lo que se revela a nuestra conciencia como "yo"? Una revisión introspectiva del proceso de nuestra conciencia nos enseña que esta (que conoce) se revela a sí misma como "propiedad" consciente (no digamos "entidad"). Pero, ¿cabe propiedad sin propietario? ¿Nos podemos contentar con decir que el cuerpo (cerebro o corazón) es el propietario de la conciencia, es decir, que esta tiene un origen físico?

Sería muy difícil tratar de demostrar que la individuación de la conciencia en el reconocimiento de su propio "yo", fuese un resultado del sistema nervioso, del aparato circulatorio, o del sistema endocrino.

Siempre habrá que admitir que la revelación de la conciencia del "yo" podrá ser un resultado de la vida física; pero que aquello a quien esto se revela tiene una existencia metafísica como "principio de individuación", según ya hemos dicho.

La idea de que la imagen mental por sí misma pueda dar consistencia a un "yo" es ligera y aventurada. Y no me refiero a un

“yo” puramente ideológico o conceptual, sino a ese “yo” que vive latente y evidente en el fondo de nuestro ser como sentimiento y voluntad, y que se conoce, siente y quiere a sí mismo.

En el fondo de la cuestión está el hecho de que no podemos admitir “conciencia” sin “consciencia”; es decir, contenido sin continente. La “conciencia” del “yo” es prueba de que hay alguien “consciente”. Una cosa que aparece con la vida, como es la “conciencia” (o sea la “representación mental” o conocimiento de los objetos, incluso de nosotros mismos como objeto), no cabe duda que aparece porque “algo” individualizado (es decir, separado de lo demás) la ha originado. Y este algo que se confunde con este mismo “principio de individuación” es una potencia (que es también una esencia) que se hace patente.

La “intuición metafísica y subjetiva del propio yo” no puede hacerse más evidente por muchas vueltas que demos a los argumentos racionales que puedan apoyarla. Hay que acabar siempre diciendo: Sólo sé que

“Yo soy”; o remedando a Descartes: “Conozco, luego soy”, porque si no fuese no conocería, y si no conociese no sabría que soy.

Aunque puedo ser, sin conocer; y de hecho no conozco muchas cosas que son realidades en el Universo, ni tampoco conozco nada durante el sueño, a pesar de que *no dejo de ser*. Mi conciencia actual pudiera ser un primer paso para el reconocimiento de mi esencia, antes ignorada de mi. Y esto es el abrirse ante mi mismo un camino de luminosidad espiritual.

II

MEDITACION SOBRE EL TIEMPO

Es muy difícil, realmente, para la mente humana, acostumbrarse a pensar en la no existencia del tiempo, siendo tan evidentes y familiares para nosotros esos conceptos del "ayer", el "hoy" y el "mañana".

Se ha dicho como apreciación vulgar, que "no es el tiempo el que pasa sino nosotros"; porque siempre ha sido intuitivo, aún por las mentes no filosóficas, que el tiempo no es algo anterior a los seres y las cosas sobre el cual se da la existencia de estos. Las cosas no han sido hechas sobre el tiempo sino el tiempo con las cosas, diremos parafraseando a San Agustín.

Es decir, el tiempo, es una intuición mental de categoría subjetiva, nacida por apreciación de la sucesión y variabilidad de los hechos o fenómenos. *Sucesión y variabilidad* originan *diferencia*; por lo cual podemos decir que el tiempo es una categoría mental de diferencialidad. Hemos dicho en otro lugar que "un hombre no puede ser niño y viejo al mismo tiempo, pero si puede ser viejo "después de cierto tiempo. "El adverbio de tiempo "después" indica la variación; pero si no hubiese variación o diferencia estaríamos imposibilitados de captar la intuición de tiempo.

Para que la intuición de tiempo nazca en nuestra conciencia, es necesario que un objeto varíe en su *unidad substancial*. Un árbol con hojas y el mismo árbol sin hojas educen en nuestra conciencia la intuición de un "lapso de tiempo". También puede surgir la intuición del tiempo, no por una variación intrínseca de un ser, sino por una variación de situación de ese mismo ser en el espacio: Un tren que está en una estación y que después se encuentra en otra a 100 kilómetros de distancia, nos educa también la intuición de otro "lapso de tiempo".

Puede deducirse de esto que *la intuición de tiempo está íntimamente ligada con la intuición de espacio*. Y, efectivamente, nuestra conciencia no puede concebir que se tarde un tiempo nulo en recorrer un espacio efectivo, o que se tarde un tiempo efectivo en recorrer un espacio nulo.

Sobre la unidad substancial de cada ser, toda variación se da en el tiempo. Quiere decirse que si cada ser u objeto presenta tres dimensiones en el espacio, *el tiempo es su cuarta dimensión*. No pudiendo los seres salir de su unidad substancial por cualquiera de las tres dimensiones del espacio, buscan su propia multiplicación "a lo largo" del tiempo en objetivaciones variables o imágenes transitorias. No existe otro modo de adquirir conciencia de su propio unidad. El que siempre se siente "uno" e idéntico a sí mismo a través de sus variaciones objetivas, siente la eternidad o "necesidad" de su ser substancial.

Yo soy porque vario, podemos decir con absoluta evidencia; pues si no variase, mis diferentes aspectos no serían un mismo ser sino distintos seres. Efectivamente, un hom-

bre que se vé viejo después de haber sido joven, sabe que ha variado porque se vé "diferente" pero se siente el mismo. Si no se sintiese el mismo, ya no podría hablar de variación sino de distinción, lo cual significa sentirse otro.

Dos cosas iguales en apariencia son distintas en substancia, porque son dos. Una cosa con distintas apariencias es la misma en substancia, porque ha variado.

La multiplicidad de una misma cosa en el tiempo, nos da conciencia de su unidad; la multiplicidad en el espacio es signo evidente de existencias distintas o sea de distintos seres.

El *devenir* o *el acaecer*, que es el despliegue o desarrollo objetivo de la unidad substancial y esencial de un ser, se da dentro de un orden de causación (o determinismo temporal) que nos permite advertir un plan "lógico". Si yo quiero hacer una vasija de cerámica pintada y esmaltada, tendré que empezar por coger la tierra propicia, mezclarla con agua, amasarla, pintarla y cocerla; pero jamás podré pintarla antes de hacerla, o hacerla antes

de coger el barro. Todo el mundo del acaecer está sometido al determinismo de causas y efectos, por razón de que el efecto es la misma causa en otra forma, y el orden de su desarrollo o causación lo da la continuidad de lo substancial. Si yo pudiese pintar la vasija antes de hacerla, habría una discontinuidad (o interrupción) de substancia, y entonces ya no sería esa vasija sino otra.

Así pues, la continuidad de lo substancial es lo que manifiesta la Unidad en la Variedad que vemos en el Universo.

El tiempo (el viejo "Cronos" de los griegos, que se comía a sus hijos o sea a las formas del devenir) es un fantasma de la mente que nos asusta con la perspectiva de una "eternidad" antes que nosotros y otra detrás. Pero la eternidad, que sería el tiempo de infinita duración, no existe, porque las cosas creadas no duran infinitamente, y porque su esencia, que es lo único estable, es siempre presente y está libre del acaecer o devenir.

El adquirir conciencia del eterno presente de nuestro ser esencial, es la finalidad última de todos los sistemas religiosos en su original

y sincera intención. En el fondo es un problema filosófico de meditación.

A continuación hago una revisión de las ideas de otros autores sobre el tiempo, que, a parte la base ilustrativa que porporcionarán al lector, han de servir de motivo principal para mi refutación de la existencia del tiempo.

El tiempo bajo el punto de vista psico-físico.

Aristóteles concibió el tiempo como una "entidad" independiente de los acontecimientos, susceptible de medida y poseyendo una sola dimensión.

El "Presente" es la única forma del tiempo en la cual existe la "realidad" del sujeto observador y del mundo objetivo.

Esta concordancia de la realidad objetiva (fenómenos) y de la realidad subjetiva (sensaciones) dura un "presente" tan pequeño como se quiera pero mayor que cero; porque sino dicha realidad no existiría.

El *presente* es el tiempo que permanece en nuestra "psique" la sensación provocada por los estímulos externos. (Este "presente subjetivo" es de un décimo de segundo). (El tiempo, bajo el punto de vista subjetivo, varía pues por "saltos", de acuerdo con la inercia de los sentidos).

El *presente objetivo* es de una duración finita mayor que cero y constante.

Newton admitió como postulado que el tiempo es "un continuo unidimensional corriente con uniformidad, e independiente del mundo físico". Que varía por cantidades finitas y distintas de cero, pero nunca nulas.

Ahora, de acuerdo con el método experimental, admitimos que *el tiempo no es continuo*, sino constituido de cantidades finitas pequeñísimas, distintas de cero.

El *tiempo real* (conurrencia del tiempo objetivo y del subjetivo) deberá ser representado por un trazo brevísimo de recta, unido a otros trazos semejantes que se suceden indefinidamente.

El mundo solamente existe en dicho "lapso de presente". Así pues, se manifiesta de presente en presente a lo largo de los milenios. Una sucesión infinita de "lapsos", de tiempo presente, da un "presente eterno" o "eternidad", la cual como no es mensurable está fuera de los límites del tiempo.

El *presente subjetivo* está constituido de un número n bien definido de instantes de presente objetivo (*tempúsculos*). Pero podemos retenerle y evocarle por las imágenes de la *memoria*. (El tiempo de evocación de las imágenes de la memoria puede ser menor, igual o mayor que la duración del fenómeno que las ha provocado). (Cuando el tiempo de evocación es igual a cero, el recuerdo permanece en el subconsciente).

Conclusiones de Todeschini:

1ª.—La duración del tiempo es condición indispensable para la existencia de la realidad, tanto objetiva como subjetiva.

2ª.—Hay tres especies de realidad: *Objetiva* (fenómenos en espacio y "tempúsculos"); *subjetiva* (sensaciones durables un

tiempo); y *subjetiva mnemónica* (imágenes sensoriales de evocación).

Un suceso o fenómeno es una sucesión de acciones parciales, cada una de las cuales se desenvuelve en un "tempúsculo"; como en una serie cinematográfica.

En cuanto a la realidad de un suceso, sólo puede referirse objetivamente al instante presente; pero subjetivamente, un cierto número de esos instantes (n) puede persistir en forma de imágenes en nuestra psiquis.

La persistencia de la imagen es lo que produce la continuidad ideal (una rueda de rayos en movimiento parece un disco; un tizón encendido girando parece un círculo; la vibración rapidísima de electrones y átomos da la sensación de la solidez material, sin vacíos, etc.). Si pudiésemos disminuir la inercia sensorial que nos da la sensación de continuidad, hasta un mínimo necesario, veríamos la materia descomponerse en vibraciones moleculares y atómicas. Viceversa, aumentando el tiempo de persistencia de la imagen veríamos el sistema solar y aún la galaxia, como un enorme sólido.

(Sucede como en la película cinematográfica en movimiento rápido o lento: movida rápidamente y con lámpara electrónica que fulgura cada milésima de segundo —pudiendo tomar miles de fotogramas al segundo—, puede captarse el batir de alas de un insecto; en cambio una estrella enfocada por una cámara fotográfica de película quieta, aparece en esta como una línea de luz, en virtud del movimiento de la tierra).

De todo esto resulta que de la relación entre el tiempo de desenvolvimiento de un suceso y el tiempo de persistencia de la imagen, depende la apariencia en nuestra psique de un fenómeno unitario o estático o un fenómeno desarrollado en "lapsos de tiempo" o en movimiento.

Queda claro que la diferencia entre la *realidad subjetiva* y la *objetiva*, estriba no solamente en que la primera se refiere a sensaciones e imágenes y la segunda a movimientos en el espacio, sino en que la realidad subjetiva contempla acontecimientos que se desarrollan en un período de tiempo que es múltiplo o submúltiplo del tiempo en que se desenvuelve la realidad objetiva.

Así pues, el tiempo de persistencia de la imagen contribuye a poblar el mundo de apariencias que en la realidad del presente objetivo del mundo externo no existen.

Aún se podría afirmar que solamente existe aquello que dura en la eternidad desenvuelto en un cierto período de tiempo finito y distinto de cero. Y puesto que la eternidad está constituida de un infinito presente, resulta que aquello que dura en la eternidad, existe.

Los fenómenos objetivos se reducen a movimientos en el espacio. Las representaciones subjetivas sólo se manifiestan en el tiempo (son inmateriales). Luego la "psique" debe durar en el tiempo.

Así, la existencia tiene dos aspectos (o dos especies): aquello *material* que se manifiesta en tiempo y espacio; y aquello *espiritual* que se da en el tiempo pero no ocupa espacio (al menos no ocupa espacio de tres dimensiones.

Refutación al concepto de la existencia del tiempo.

Sabemos que Aristóteles, en los tiempos antiguos, consideró al tiempo como una *entidad* independiente de los acontecimientos. En tiempos más cercanos a los nuestros, Newton consideró también como una entidad continua, unidimensional y fluyente, independiente del mundo físico. Algunos autores de nuestro tiempo comparten estas opiniones, pero modificadas con la negación de la "continuidad" del tiempo y la afirmación de estar compuesto de pequeñas cantidades, lapsos o "tempúsculos" en continua sucesión.

En frente de estas opiniones tenemos las no menos autorizadas opiniones de filósofos como Kant, Schopenhauer y otros, que afirman rotundamente la idealidad del tiempo, que, para ellos, no pasa de ser una "categoría subjetiva de nuestro entendimiento" sin existencia real.

Como casi siempre ocurre, en filosofía nos entendemos por cuestión de palabras.

Cuando estas se emplean mal se pierden los conceptos que expresan. (1)

¿Qué quiere decir eso de que el tiempo *existe* o *no existe* como entidad?

"Existir" no es lo mismo que "ser". Decir "ser" es afirmar una "esencia"; una causa de manifestación que puede no haberse manifestado. Una "esencia" es un "ente".

"Existir" es el hecho de haberse manifestado esa "esencia" o "entidad" en un fenómeno tempororo-espacial. Un "ser" puede proyectar su *esencia* en una *existencia*; es decir, salir de su base para manifestarse en forma.

El tiempo no existe porque no tiene forma. Los pretendidos "tempúsculos" no tienen realidad objetiva y solamente son valores de

(1) Antes de filosofar es de perentoria necesidad conocer la etimología de las palabras que se han de emplear; porque cada palabra en su origen ha servido para expresar claramente un concepto. Si no se emplea bien la palabra, el concepto no viene a la mente, y entonces no hay posibilidad de razonamiento ni de llegar a un juicio. Asombra ver reuniones de personas tratando temas de filosofía empleando las palabras impropriamente, con la vana pretensión de llegar a un juicio cierto, cuando en realidad lo que hacen es espantar a la verdad.

apreciación humana. Ciertamente que el valor de cada uno de los sucesivos momentos de "eterno presente" de cada ser manifestado, debe ser mayor que cero; porque sino no existiría; pero ese valor es un "cuanto" de su variación fenoménica y no del tiempo. El tiempo no pasa de ser un concepto de medida resultante de la intuición de dicha variación. La objetividad del tiempo no puede ser admitida ni demostrada.

Y ya que no podemos admitir la "existencia" del tiempo, ¿cabría considerarle como una "entidad" o "esencia" (es decir, como un ser que no se manifiesta)?

Tampoco esta proposición me parece racionalmente viable, porque las esencias (como ya dije) son atemporales. Se daría el absurdo de que el tiempo se negaría a sí mismo. Precisamente la esencia del tiempo que debería ser "esencialmente temporal", resultaría ser "atemporal" como todas las esencias.

Cuantos esfuerzos se han hecho hasta el presente para demostrar la esencia y la existencia del tiempo, han resultado lógicamente fallidos, acabando siempre en referencias fe-

noménicas y objetivas: medidas, ritmos, movimientos y cronologías.

Se habla de las tres dimensiones del espacio y de esa cuarta dimensión (no del espacio sino de los cuerpos) que es el tiempo; sin percibir que todas ellas son referidas por nuestra mente a los objetos materiales.

Esa relación de que habla algún autor entre el tiempo de desenvolvimiento de un suceso y el tiempo de persistencia de la imagen en nuestra psiquis, dando una resultante fenoménica de estatismo o de dinamismo habría que enunciarla como relación entre el "cuanto" de variación del suceso y el "cuanto" de variación de la imagen en nuestra psiquis. Esto es más objetivo y más real y solamente expresa diferencias de ritmo o sea de movimiento. Movimientos más amplios o menos amplios, tanto en el mundo de la realidad objetiva como en nuestro mundo interior de la conciencia, que también es fluyente.

Está tan dentro de nosotros la tendencia a objetivar lo que es subjetivo, que empleamos términos referibles al mundo exterior para

expresar lo que solamente ocurre en nuestro interior mental. Hablamos de infiernos y cielos como si fueran lugares, para expresar nuestros estados de conciencia malos o buenos; decimos de diablos y de ángeles, como si fueran personas, para expresar nuestras pasiones y nuestras virtudes; hablamos así mismo de instantes y momentos, como si fueran cosas, para expresar nuestras impresiones de la variabilidad de los fenómenos. Se impone pues discriminar lo que corresponde a la realidad externa u objetiva y lo que es exclusivo de nuestra realidad interna y subjetiva.

Fijémonos en esta frase ya citada: "El presente es la única forma del tiempo en la cual existe la realidad del sujeto observador y del mundo objetivo". (pág. 64). Los términos en que está expuesta la definición inducen a confusión, porque ni el tiempo tiene forma, ni la realidad del mundo objetivo deja de estar presente aunque no haya sujeto observador. La frase podría estar más clara en esta otra forma: "El presente es el hecho en el cual la realidad del mundo objetivo se revela a la realidad del sujeto observador".

La palabra "presente" indica una apreciación del sujeto. Sin conciencia receptiva no hay presente ni pasado, sino un mundo en devenir o variación en el que *lo que está presente* de por sí, *no es presente* para nadie. En una palabra, el término "presente" refiriéndonos a noción de tiempo supone la relación inmediata entre dos realidades (la del sujeto y la del objeto). Por esto cabe vivir en sucesión de "eternos presentes" cuando la conciencia está en el hecho (que es la objetivación de la esencia) o vivir atado a la rueda del tiempo cuando la conciencia con el recuerdo o el deseo (pasado y futuro) se desentiende de lo actual. De aquí cabe concluir que la palabra "presente", en puridad de expresión, no se refiere a noción de tiempo, porque cada instante de presente es inmutable en sí mismo, ya que en cuanto muda o varía dejar de ser presente. Y lo que ha dejado de ser presente se hace pasado, sin más realidad que el recuerdo en la mente que lo percibió.

¿No se ve clara, con todo esto, la idealidad del tiempo?

Se dice también que "lo espiritual se da en el tiempo pero no en el espacio", en contra-

posición con lo material que se da en tiempo y espacio.

Esta otra afirmación peca de no calar hondo en la médula del problema. Conviene pensar que no puede darse algo en el tiempo sin ocupar espacio, aunque esto sea solamente en forma de movimiento vibratorio o translaticio. Si lo espiritual (el alma) no se mueve, no puede manifestarse (porque toda manifestación es movimiento) y entonces no ocupa espacio pero tampoco invierte tiempo. Desde el momento en que el alma se manifiesta en imágenes e impulsos (que son fuerzas) necesariamente lo hace en el tiempo, pero también en el espacio.

La solución de este problema está en la clara concepción de los dos términos "esencia" y "existencia". Si el espíritu es "esencia" (entidad) está fuera del espacio y del tiempo, como ya he explicado en argumentos anteriores. Si la "existencia" es perceptible en manifestaciones, esto implica condicionamiento espacio-temporal. Ahora bien; esto se aclara admitiendo la existencia de un alma (o "psique") y un espíritu (o "nous"). El espíritu que es extra-temporo-espacial, se pro-

yecta en un alma manifestada y sometida, por tanto, a las condiciones del devenir. El alma con sus variaciones de estados de conciencia (pensamientos, sentimientos, ideas, conceptos, psiquismo subconciente) no es estable. Las formas conscientes (siempre fluyentes) se modifican, pasan u olvidan, y al fin se abstraen en una intención o virtud, que por ser "potencia" y no acaecimiento, queda fuera del tiempo y del espacio. Mas la potencia o virtud, por ser propiedad del espíritu (que no del alma) es de un valor "eterno".

Vese por esto la importancia de hacer la distinción que advirtió Plutarco al decirnos que: "Tanta distancia hay entre el alma y el espíritu como entre el cuerpo y el alma". Lo que entendemos "salvación" del alma o inmortalidad, consiste en la incorporación de todo el contenido de conciencia captado por el alma en el mundo del devenir, al espíritu o esencia en modos potenciales extratemporales y extra-espaciales. (1)

(1). La clásica fábula de "Psiquis y Eros" no expresa otra cosa.

El espíritu, decimos una vez más, es nuestra verdadera realidad o esencia. El alma no se salva por sí misma sino por lo que deja al espíritu que siempre está a salvo.

Lo temporal se abstrae en lo intemporal; la existencia se absorbe en la esencia; el devenir se aquieta en el ser. (1)

El "presente", se ha dicho, es el tiempo que permanece en nuestra "psique" la sensación provocada por los estímulos externos; que dura un décimo de segundo, y varía por "saltos" de acuerdo con la inercia de los sentidos.

Pues bien; he aquí como en la definición de una forma del tiempo(el presente en este caso) hay que recurrir irremisiblemente a valores subjetivos(sensación e inercia sensorial) a pesar de la pretensión de considerarle como una entidad autónoma y currente.

(1). Y esto no es exclusivamente un proceso espiritual de allende la muerte, sino un mecanismo que puede ser eficiente en vida. Es el "yoga", "yugum" o "unión con Dios"; el "Nirvana en vida" o "Upadishesa"; la "ascensión al cielo en carne mortal".

Hay que preguntarse: ¿qué es lo que varía por saltos, el tiempo o los momentos de inercia de los sentidos? La variación del mundo objetivo que solicita una nueva captación por parte de nuestras facultades sensorias, no se hace perceptible mientras la imagen sensorial anterior no se ha borrado de su órgano aprehensivo. Los "saltos" por medio de los cuales "se mueve" el tiempo, son en realidad los "saltos" por medio de los cuales cambia el "cliché" percibido por la conciencia. Nosotros no hacemos más que proyectar ese cambio en el mundo que nos rodea; y a esa proyección la llamamos "tiempo". Por eso, cuando ese cambio o "salto" de nuestra percepción es más lento que la variación del objeto, nosotros no podemos apreciar el tiempo; como ocurre, por ejemplo, en el batir de las alas de los insectos. Así como tampoco podemos apreciarle cuando la variación del objeto es más duradera que la inercia de nuestras facultades (como ocurre con los movimientos de los astros; en cuyo caso, entendiéndose bien, nosotros no percibimos intuición de tiempo, aunque si podemos luego cal-

cular "reflexivamente" ese tiempo por las diferencias de posición).

Esto nos lleva a distinguir dos nociones de tiempo: una intuitiva por directa apreciación sensoria del devenir; y otra reflexiva por consideraciones puramente lógicas. Pero en ambos casos el concepto de tiempo parte de nuestro interior como una creación ideal de nuestra mente.

Es muy significativo, para afirmarse en la idealidad del tiempo, el hecho de que la sucesión de "lapsos de tiempo presente", da un "presente eterno" (o eternidad) que está fuera de los límites del tiempo *porque no se puede medir*. Es decir, que, como no puede resolverse en una fórmula consciente, ni intuitiva, ni reflexiva, carece de realidad temporal. ¿No se ve, por esto, nuevamente, que el tiempo es una creación subjetiva de nuestro entendimiento?

"El "presente objetivo" o "tempúsculo", solamente adquiere continuidad por la retención de su imagen en nuestra memoria. El recuerdo es pues la causa de que percibamos el "fluir" del tiempo. La continuación y evo-

cación subjetiva de la imagen objetiva anterior por medio de la memoria, nos da la conciencia no sólo de la variación del objeto sino de su persistencia en el espacio. Persistencia y variación se asumen en intuiciones subjetivas elaboradas por nuestras facultades (razón, intuición, memoria) y de ello resulta la noción del tiempo. Nuevo y quizá más poderoso argumento en favor de la idealidad del tiempo.

La *realidad objetiva* está constituida por movimientos en el espacio (fenómenos). La *realidad subjetiva* está formada de sensaciones e imágenes (representaciones).

La persistencia de la imagen en nuestros órganos perceptivos más tiempo que lo que dura la variación del objeto, nos presenta en la conciencia un mundo de apariencias que no corresponde a la realidad del presente objetivo. Por ejemplo: Nosotros percibimos la materia como algo sólido, inerte e impenetrable, porque el rapidísimo movimiento (o variación) de sus elementos componentes (átomos, electrones) no nos permite elaborar una representación mental sobre la apreciación de "lapsos" de variabilidad que sean

iguales o superiores al "lapso" de inercia de nuestros sentidos. Y por esto se nos da a la conciencia como algo unitario y estático, cuando en realidad es asombrosamente móvil y sutil. Esta ilusión de los sentidos, naturalmente, queda trascendida por la penetración del entendimiento; pero solamente la reflexión puede deshacer el equívoco. Total, que siempre son los mecanismos íntimos de nuestra psiquis los que resuelven en componentes subjetivos las realidades objetivas. Y con el concepto del tiempo sucede lo que con otros conceptos: que es una "especie intelectual" con justificaciones pero no con realidades objetivas.

La siguiente poesía de la excelente poetisa centroamericana Dora Guerra, viene a dar un grato paréntesis de tregua a la concentración mental del lector, ratificándole las ideas expuestas por nosotros, pero llevándole por el suave camino de la intuición estética:

"Tiempo sin tiempo".

(Fragmento de una poesía de Dora Guerra).

"Nací, un día
Sin después, ni hoy, ni antes.
Nací por un resquicio de la vida,
desde un ay desgarrador por la tarde,
entre un grito impreciso de la tierra
y un asombro celeste de los ángeles.

Nací, porque alguien quiso que naciera,
con eterno equipaje:
mi yo, mi tiempo, mi dolor.
y mis palabras fáciles

Nací,
por alguna razón de la existencia,
porque los hombres nacen;
porque la vida se busca un pretexto
de resurgir en embriones fugaces.

Nací por el amor y por el llanto,
con mi dios, y mi piel, y mis pesares.

El número purísimo en la escuela
me introdujo en el aire,
y abrí la sinfonía del sonido
con las cinco vocales.

El ojo mío se encendió a la luz

con los siete colores primordiales,
y descubrió la sombra, siempre unida
a cada rayo en que la luz se halle.

Y entré en el catecismo
con sus siete pecados capitales.

Y he de morir,
un día, sin después,
pero con hoy y antes.

He de morir, porque los hombres mueren;
por que lo quiere Alguien.

Dejaré la corriente de mis venas
en humanos canales,
mis oscuros sentidos a la tierra
y mi sueño a los árboles.

Qué ligera seré, ya sin mis venas,
sin mis ríos de sangre,
sin mis ojos de barro entristecido,
sin mis pies terrenales.

Que liviana me iré yo por el viento
cuando todas las horas se me acaben.

Y ya no habrá después,
Ni habrá hoy
Ni habrá un antes.

Ya sola iré en mi viaje sobre el tiempo
hacia el eterno instante.

Y llegaré a la Luz, fuente de luces,
negadora de sombras y de males.
Generadora de hombres
y propulsora de astros y de aves.

Y seré yo la luz, junto a la Luz,
en la continua aurora de los ángeles''.

III

MEDITACION SOBRE EL ESPACIO

El *espacio* no tiene mayor existencia que el tiempo. No se vé ni se toca como un objeto sensible. Es otra intuición de nuestra mente, nacida de la percepción de objetos corpóreos; entendiendo por "cuerpos" los objetos materiales de tres dimensiones.

Todo ser substancial, aunque varíe con el tiempo, ocupa un lugar en el espacio.

Para el observador simple e ingénuo, el espacio es el vacío o extensión infinita en cuyo "seno" está contenido todo lo existente.

Pero en el vacío absoluto, donde no hubiese "nada" no podríamos tener la intuición del espacio. (Como no podemos tener la intuición del tiempo sin las variaciones del acae-

cer). La intuición del espacio requiere dimensión o distancia, cuyo advertimiento va unido a variación de lugar y, por consiguiente, a la intuición de tiempo. La distancia se aprecia por la variación de lugar; es decir, movimiento en el espacio. La dimensión se aprecia por la situación de las diferentes partes de un objeto en distintos lugares del espacio.

Así como la intuición de tiempo forja en nuestro entendimiento la categoría de *diferencialidad*, la intuición de espacio forja la de *substancialidad*. Un objeto es "uno" en el espacio a pesar de sus variaciones en el tiempo.

Si pudiéramos recorrer por tiempo infinito el vacío absoluto o sea la nada infinita, al final de este "recorrido" nos encontraríamos en el mismo punto de partida. Infinito igual a cero ($\infty = 0$). Filosóficamente y matemáticamente esto es evidente.

Ahora bien; ¿cómo se objetivan los seres corpóreos en el espacio? Saliendo de su esencia a la existencia. Ya dije que no es lo mismo "ser" que "existir". *Esencia* es la "cosa

en sí" ("lo que es por sí mismo"); y *existencia* es el hecho de manifestarse en forma variable temporal y espacial (o sea sujeta al cambio, al devenir y a la desaparición). La esencia es incorpórea, atemporal e inespacial, y por tanto, es la verdadera "realidad" que hay tras la variabilidad de lo contingente.

Es verdaderamente difícil, por no decir imposible, expresar en términos lingüísticos nacidos en el mundo del devenir, una "esencia eternamente presente". Sólo podemos decir que "es". La admirable y profunda intuición que despierta en nosotros el verbo "ser", ese verbo único en el contenido expresivo de la conciencia humana, es la única fuerza de convicción con que cuenta el que habla o escribe.

Esa intuición del "ser" cabe experimentar la acallando en lo posible, la visión fantasmagórica de lo temporal, saliéndose mentalmente de la rueda loca del devenir; y entonces en el silencio de la conciencia, que es también oscuridad para lo externo, puede hacerse (se hará) la inefable luz de lo Esencial; esa luz que no vaciló en calificar de "di-

vina", si me atengo a la etimología de la palabra, que proviene de "dev", brillante o resplandeciente.

Es difícil también, o por lo menos aventurado, hipostasiar la Esencia (individual o cósmica) en una "entidad", o sea en un "ser" autónomo. Pretender que la esencia mía es distinta de la tuya o de la suya, es someterla a una distinción que solamente es apropiada a objetos manifestados en tiempo y espacio. Ser "distinto" no es atributo esencial sino substancial o espacial. Es por esto por lo que, necesariamente, llegamos una vez más a la conclusión de que no hay más que una Esencia para todos los seres.

El reconocimiento de esta Realidad por medio de una intuición de la conciencia humana, es la más grande de todas las adquisiciones que pudiera hacer una persona en esta vida terrenal.

El mundo físico.

Actualmente el Espacio es motivo de ciertas concepciones físicas, basadas en otras muy antiguas, que no invalidan el concepto filosófico anteriormente expuesto.

Lo que llamamos "espacio universal" no es una extensión infinita, vacía y quieta, como supusieron los atomistas y suponen aún algunos físicos, sino un flúido denso, inerte, incapaz de ser comprimido, y en movimiento de rotación, en el seno del cual, por armónicos sistemas de fuerzas se desarrolla todo el acaecer del Universo manifestado.

Platón primero, y luego Aristóteles, expusieron ya la idea de que el espacio no está vacío, sino que es un continuo infinito. Y el segundo de dichos filósofos admitió el movimiento espacial circular como único modo dinámico, unitario y continuo.

Los sistemas atómicos, planetarios, solares y estelares, están constituidos en esferas de espacio rotatorio de radio creciente, contenidas unas dentro de otras y subordinadas en movimiento, de menor a mayor, de tal modo

que la rotación de una de ellas supone la traslación de la inmediatamente menor alrededor del centro de la primera. Así, un satélite gira alrededor de un planeta, el planeta alrededor del Sol, el Sol alrededor del centro de la Galaxia, y esta alrededor de otro centro hipotético, etc. etc.

Cada esfera se compone de estratos esféricos concéntricos de movimiento rotatorio gradualmente decreciente según se apartan del centro, hasta aquel más externo que, por la inercia del espacio circundante, apenas puede girar. (Teoría que, como puede verse, resucita la concepción de las "Esferas Cristalinas" de Hiparco).

De este concepto del espacio fué profeta el propio Newton cuando dijo: "Que la gravedad sea una propiedad de la materia, de tal modo que un cuerpo pueda actuar sobre otro a distancia sin intermedio de algo que pueda propagar su fuerza y actividad, es para mí un absurdo tan grande, que yo creo que nadie que tuviese tal actitud mental y reflexionase alrededor de los argumentos filosóficos, podría admitir por más tiempo.

La constitución del átomo, cual un diminuto sistema solar, funcionando como un torbellino o vórtice infinitesimal, dentro de la misma norma de los estratos esféricos, concéntricos y rotatorios, es la mejor ratificación de aquella antiquísima ley hermética de la Analogía que dice: "Lo que es arriba es como lo que es abajo para obrar los misterios de lo Uno en lo Vario. ("Tabla Esmeraldina").

La rotación del espacio flúido-dinámico, interferida, según el "efecto de Magnus" (1) por la rotación de cada esfera o vórtice en el contenido, da lugar a una descomposición de fuerzas que tiene por resultado las múltiples manifestaciones de la afinidad, la pesantez, y la gravitación, así como las ondulatorias del magnetismo, la electricidad, el sonido, etc., referibles a un origen común identificable con el misterioso "Fiat" creador o "Movimiento Primo", que en balde trataremos de encontrar en el plano de las fuerzas físicas.

(1). Llámase "efecto de Magnus" al hecho de que, una esfera rotatoria dentro de una corriente fluídica, se desvía de esta hacia el lado contrario al sentido de su rotación.

En esta hipótesis del espacio "lleno" y flúidico, el átomo y sus electrones serían esferas de espacio vacío, o "burbujas", engendradas por el "soplo", "hálito" o "aliento" ("spiro"), impulso espiritual o metafísico, de acuerdo con la etimología de la palabra que denomina al "spíritu" (o "flatus") y al movimiento "spiral", como si la *espira* fuese efecto del *espíritu*. En este caso, la materia, formada de burbujas de "espacio vacío" sería el negativo de lo que realmente parece ser.

Pero bajo el punto de vista matemático, el movimiento de los planetas alrededor del Sol y el de los electrones alrededor del núcleo atómico, tanto puede explicarse como causado por un vórtice rotatorio de espacio lleno, flúido y denso, como originado por una fuerza rotatoria en un espacio vacío.

La variación "por saltos" de la energía, al pasar un electrón de un estrato a otro del espacio móvil (o de una órbita a otra en el espacio vacío) que circunda al núcleo, explica la trayectoria espiral de los electrones (cuya forma se observa también en las nebulosas) y la trayectoria transversal (o longitudinal) que asumen en la materia radiante. Conviene

agregar que el movimiento alternante, oscilante u ondulatorio es disgregante y disminuye la masa; mientras que el movimiento continuo rotatorio es atractivo, formador e incrementa la masa.

El flúido espacial de que vengo hablando, asimilable al "éter" de Airstóteles, de Cartesio y de los físicos modernos, "odilo", "alma del mundo" o "sensorium Dei", es el medio imponderable e incompresible que echaba de menos, pero que reconoció intuitivamente, Newton. No habiendo razones para considerársele como "materia", hay, sin embargo, que reconocer que las leyes que rigen las manifestaciones energéticas de átomos, graves, planetas, estrellas y nebulosas, "son idénticas a las que regulan el movimiento de esferas que girasen alrededor del centro de un campo rotatorio acuático de movimiento central". (Experimento de 1936 en el "Centro de Estudios y Experiencias del Genio Militar de Pavía" por medio del hidropianetario). (1)

(1).¿Se debe quizá a la intuición de este necho, la constante expresión de todas las Escrituras Sagradas afirmando que Dios creó el mundo "de las aguas"?

Ahora bien; si este espacio flúido de tres dimensiones del Universo manifestado, compuesto de esferas de espacio rotantes en su seno, es giratorio, debemos preguntarnos: ¿en el seno de que gira?

¿Es que hay otro "espacio" de más de tres dimensiones que sirve de seno al espacio rotatorio conocido? (Esta pregunta se hace más apremiante al considerar el movimiento retrógrado de algunos satélites de ciertos planetas de nuestro sistema solar, como ocurre en Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno).

La contestación positiva y experimental a esta interrogante no es posible darla; pero cabe empezar por una argumentación en los términos siguientes:

El espacio de cero dimensiones es el *punto*. (1) La sucesión de puntos (o el movimiento de un punto) engendra la *línea* ideal o espacio de una dimensión; la yuxtaposición de líneas (o el movimiento de una línea en sentido transversal a su dirección) engendra el *plano* ideal o espacio de dos dimensiones; la

(1). No el punto material, sino el punto ideal geométrico.

yuxtaposición de planos (o el movimiento de un plano en sentido perpendicular a su superficie) engendra un *cuerpo* ideal, o espacio de tres dimensiones.

Debemos detener aquí nuestro razonamiento con un paréntesis aclaratorio:

Este cuerpo ideal o *espacio de tres dimensiones* es precisamente el "espacio flúidico dinámico" a que he venido refiriéndome. Es espacio porque contiene en su seno al Universo manifestado; es ideal porque sólo es representable por intuición subjetiva, y es flúidico por sus realidades físicas. Pero siendo rotatorio, hay que suponerle girando en "otro espacio" de una "dimensión" mayor. (1)

Si el punto es un espacio nulo-dimensional que puede moverse a lo largo de una línea, y esta es un espacio mono-dimensional que puede moverse en la superficie del plano, y este es un espacio bi-dimensional que puede moverse a través del espacio "corporal" de tres dimensiones, podemos seguir considerando

(1). No tenemos razones para admitir o rechazar que la existencia del "éter" o flúido espacial sea una propiedad exclusiva del espacio de tres dimensiones.

que este espacio de tres dimensiones (el espacio de nuestra conciencia actual) se mueve en un "hiperespacio" o "espacio de cuatro dimensiones".

Hay que fijarse bien en estos hechos reveladores. El punto para engendrar el espacio lineal ha de moverse *a lo largo*; la línea para engendrar el espacio plano ha de moverse *a lo ancho*; el plano para engendrar el espacio de tres dimensiones ha de moverse *a través*, es decir, en el sentido de la tercera dimensión o sea la *profundidad*. La experiencia demuestra que el espacio fluido-dinámico de tres dimensiones se mueve *circularmente*, es decir, girando sobre sí mismo. Y al llegar aquí cabe preguntarse: ¿será el movimiento rotatorio o revolutivo el medio de engendrar el espacio de cuarta dimensión.

Si esto fuera así, dicha cuarta dimensión habría que buscarla en el "interior" de los cuerpos, puesto que el movimiento giratorio es un eterno volver sobre sí mismo. (Revolutum.) (1)

(1). El movimiento circular (rotatorio) exclusivo, de una esfera perfecta, es la única forma del movimiento que
(Continúa en la pág. 99).

La falta de sentidos para apreciar valores metafísicos, y la ausencia de intuiciones consiguientes, nos impiden pasar de aquí; pero el entendimiento puede seguir penetrando en el campo de la razón pura y decirse lo siguiente:

El espacio de cuatro dimensiones puede moverse en otro "espacio" de cinco dimensiones; este, en otro de seis dimensiones; este, en otro de siete; y así sucesivamente hasta llegar idealmente al "espacio de infinitas di-

no despierta la intuición de tiempo, porque no se vé. Efectivamente, su homogeneidad de forma y superficie, tanto como la igualdad absoluta de posición plana de sus puntos rotantes en el espacio, juntamente con la ausencia de desplazamiento global (o translaticio), nos da la impresión de que no se mueve. Es mas; el eje geométrico lineal alrededor del cual gira, teóricamente está inmóvil, porque por ser ideal, carece de dimensión y, por consiguiente, no puede desplazarse ni en espacio ni en tiempo. Sin embargo, prácticamente, se mueve todo el sólido esférico en una sola pieza.

Fijémonos todavía en que los puntos de la superficie de la esfera, al rotar, tienen que recorrer un espacio mucho mayor que los puntos más próximos al eje de rotación; y que los puntos de este eje ideal recorren un espacio nulo (es decir, no recorren espacio). Esto quiere decir que la velocidad de los puntos de la superficie es mucha mayor que la de los puntos centrales, puesto que han de recorrer mucho más camino en el mismo tiempo;
(Continúa en la pág. 100).

mensiones". Espacio de infinitas dimensiones que sería "lo Absoluto", la "Nada-Todo", cuyas propiedades geométricas son iguales a las del "punto" o espacio de cero dimensiones. A este espacio absoluto es al que me he referido primeramente como intuición ideal, que pudiera definirse con la frase de Pitágoras: "Para expresar a la Divinidad el hombre señala un punto".

y que la velocidad de los puntos del eje es igual a cero.

Si pues en los puntos que forman la línea del eje no existe movimiento referible a tiempo y espacio, hay que deducir que en el interior del cuerpo rotante se ha trascendido toda manifestación objetiva de aquellas que constituyen la condición espacio-temporal de nuestro mundo de tres dimensiones.

¿Está el eje de la esfera rotante en el mundo hiperfísico de la cuarta dimensión?

Conviene todavía pensar, para aclarar más el problema, que todo ser vivo antes de venir a este mundo, existe potencialmente en otro espacio de distinta dimensión que el conocido por nosotros empíricamente. Tal es la situación de todo germen en el huevo o semilla, donde existe el "arquetipo" o plan de desarrollo orgánico específico. Nótese, por otra parte, que todo huevo, semilla o germen tiene intrínsecamente la figura esférica, más o menos modificada extrínsecamente por condiciones ambientales. Esto nos prueba una vez más el privilegio de la forma esférica como lugar de interferencia de dos espacios de distintas dimensiones. (Esferas son también los astros, los estratos etéreos rotatorios, las gotas, las burbujas y muchos órganos y otras formas de la Naturaleza).

La cuarta dimensión.

Nos queda todavía por exponer una sugerencia que alguna duda del atento lector puede suscitar.

¿Cómo se afirma que el "Tiempo" es la cuarta dimensión, si toda dimensión ha de buscarse en el espacio?

La solución de este problema puede encontrarse en este razonamiento: Si el *espacio* y el *tiempo* son concepciones ideales de nuestra mente, es natural que *no tienen dimensión*; como no sea la hipotética dimensión que pueda asignarse a nuestra representación mental de ambas nociones.

Así pues, la dimensión del espacio no es una propiedad suya sino de la objetivación de todo ser existente. El tiempo es también la propiedad del devenir o variabilidad de las cosas. Las *tres dimensiones* definen la corporeidad o substancia en su estatismo; el *tiempo* define la variación o accidente en su dinamismo. En este sentido se le ha llamado *cuarta dimensión*. Es decir, *no hay cuarta dimensión sin movimiento, sin cambio.*

Pero como el tiempo según hemos visto está realizado por "tempúsculos" o "lapsos de eterno presente, y cada uno de estos es en sí "extratemporal" (precisamente por ser presente), quiere decirse que la cuarta dimensión es la variabilidad que ensarta (digámoslo así) en una línea de "devenir" las diferentes presencias de una sola existencia.

Se comprenderá mejor esto si consideramos que *el espacio es reversible pero el tiempo no lo es*. Nosotros podemos ir de un lugar a otro y después retornar al primero volviendo sobre nuestros pasos. Lo que no podemos hacer es echar atrás el tiempo empleado en este recorrido. El tiempo "ha avanzado" inexorablemente.

Pero ¿es el tiempo el que ha avanzado para nunca más volver? No; lo que ha avanzado es el acaecer de las cosas, es decir, su "evolución", sin que haya manera de someterla a un proceso inverso de "involución" como no sea por medio de la muerte o de la destrucción.

Y como la natural *evolución* de las cosas a lo largo de esta su cuarta dimensión, no puede cambiarse en un movimiento retrógrado

de *involución*, el Universo manifestado en tres dimensiones (lo existente) lo hace por ciclos o movimientos de revolución que son en cierto modo la reversibilidad del tiempo o el eterno volver sobre sí mismo sin dejar de estar manifestado. De este modo los fenómenos transitorios y mudables en un mundo de tres dimensiones, hallan la posibilidad de conexión con sus "noumenos" o causas hiperfísicas y metafísicas, que residen en un mundo de cuatro o más dimensiones. En una palabra, el movimiento rotatorio es la clave de la existencia; es el medio por el cual la Voluntad de existencia se proyecta y manifiesta en el mundo material. Por esto, nuestras sabias lenguas madres de la antigüedad encontraron en la raíz "volo" (que es voluntad y es querer) la expresión del movimiento cíclico de los fenómenos naturales. Y de aquí los términos *evolución* (o "voluntad que sale"), *involución* (o "voluntad que se esconde"), y *revolución* (o "voluntad que circula", describe círculos o vuelve sobre sí misma).

En la "evolución", que es la vida, todo germen sale de sí mismo para lanzarse en la

línea irreversible (aunque sea curva) de su devenir temporal. En la *involución*, que es la muerte, toda existencia se repliega en el centro de gravedad de su esencia individual. En la *revolución*, que es el punto de interferencia de la esencia y la existencia, esa vida que evoluciona se afirma a sí misma en su "realidad" trascendente.

Si la vida se lanzase tangencialmente en la trayectoria rectilínea de un devenir indefinido, se perdería toda existencia al alejarse eternamente de su esencia. Gracias al movimiento rotatorio o revolutivo del Universo manifestado (que es "ciclos de ciclos") todo ser existente se encuentra a sí mismo en el plano y dimensión donde mora su causa metafísica. Este es el secreto del equilibrio que en el movimiento rotatorio hallan la fuerza centrífuga y la centrípeta; la que nos aparta de nuestro centro y la que nos vuelve a nuestro centro.

Si los estratos etéreos esféricos del espacio de tres dimensiones, se van retardando en velocidad según se apartan del centro impulsor de rotación, llegará un momento en

que uno de esos estratos por su excesiva excentricidad y consiguiente resistencia del éter inerte circundante, no podrá moverse. Aplicando este mismo razonamiento a los electrones del átomo, habrá que admitir que un electrón demasiado apartado del centro dejara de girar alrededor del núcleo e irradiará del campo atómico.

El impulso que es "spíritu" o fuerza "spiral" no llega o cesa. Esto es la muerte o "expiración" (literalmente "salirse de la espiral"); es decir, la separación del "espíritu" de la forma. La muerte acaece cuando el impulso no llega al cuerpo.

Las formas vivas o dinámicas, tienen su límite allí hasta donde llega el impulso que las engendra y mantiene. Límite físico o cualitativo en el espacio; límite hiperfísico o cuantitativo en el tiempo. La cualidad del impulso, o sea el modo en que este se manifiesta, origina la forma especial; la *cantidad* del impulso, o sea su potencia, origina su duración o variabilidad temporal.

Medítese bien que los cambios que necesariamente realiza el tiempo (el "devenir") en

todos los seres y cosas de tres dimensiones, abocan en su muerte y destrucción por agotamiento de su impulso. Pero mientras esto llega y el cuerpo existe, la vida o la continuidad se caracteriza por el *cambio de materia a pesar de la persistencia de la forma*. Esto equivale a decir que la forma, que es el arquetipo, entelequía o alma vegetativa, se mantiene incólume sin ser afectada por el tiempo, puesto que el tiempo es la cuarta dimensión a la cual ella pertenece; mientras que la masa, que pertenece a la tercera dimensión, cambia porque no pertenece al tiempo sino al espacio que es de tres dimensiones; y de este modo, tomando la materia la variabilidad del tiempo y tomando la forma la persistencia del espacio, se conjugan los dos modos de existencia en un sólo fenómeno. Debe pensarse todavía que cuando llega la muerte, la materia cesa en su ciclo de renovación mientras que la forma física se destruye. Se invierten los términos. Sin embargo, la forma persiste en el tiempo, que es el hiperespacio, como "entelequía" según ya hemos dicho.

El mundo psíquico.

Con todo lo expuesto sobre el tiempo y el espacio, como intuiciones de nuestro entendimiento, se comprende ahora bien claramente que al decir "tiempo" queremos en realidad expresar la variabilidad de las cosas a lo largo de su evolución material; y al decir "espacio" queremos expresar su masa o substancia.

Pero como hay formas sutiles que, a pesar de ser materiales, no afectan a nuestra sensibilidad (como las formas del pensamiento, los arquetipos o entelequías de los gérmenes, etc.) que se hallan fuera del espacio de tres dimensiones, de aquí la necesidad de admitir otras categorías de espacio donde residan todas esas entidades que se ha convenido en llamar "psíquicas" o "metafísicas".

Si se dice que lo psíquico se da en el tiempo pero no en el espacio, esto se entiende con referencia al espacio de tres dimensiones, pero no al "hiperespacio" o espacio de cuatro o más dimensiones, cuya génesis en el movimiento intrínseco he tratado de explicar.

Es natural que la intuición de tiempo vaya unida también a la del hiperespacio, porque la variabilidad también afecta a las formas sutiles etéreas y psíquicas; pero hay que exceptuar en absoluto de todo condicionamiento espacio-temporal a lo que es auténticamente "espiritual" como la esencia. (Y ya hemos visto porque, al tratar de estos conceptos en líneas anteriores).

La imagen hiperfísica y específica de cualquier ser viviente, se halla indudablemente en el germen de este ser, puesto que de él se desarrolla, por evolución ontogénica, en una forma espacio-temporal. Esta imagen hiperfísica, "arquetipo", "entelequía" o "alma vegetativa", no podemos decir que tenga tamaño ni variación apreciable; pero las "mutaciones genotípicas" de las especies, nos prueban que, a la larga (o sea en el tiempo) pueden presentar variación, la cual afecta a su hiperfísica dimensión y se traduce luego en forma y tamaño físico. Esta forma hiperfísica, no puede ser un "espíritu" porque el espíritu es impulso y aliento pero no forma. Luego tenemos que admitir que ocupa una

suerte de espacio que no es el espacio conocido de tres dimensiones.

Este arquetipo para objetivarse en espacio y tiempo ha de desarrollarse, saliendo de su forma involutiva, o sea "evolucionando", y entrando de esta suerte en el torbellino (nunca mejor llamado de este modo) del mundo manifestado. Entra así en este mundo, de la materia rotante, hasta plasmar, por un acto de ideoplasia cósmica, la forma específica que yacía latente en su seno hiperfísico.

El arquetipo de todo ser viviente, yacente en su germen, es sencillamente la "idea platónica" de su especie, individualizada y ocupando un espacio que no puede definirse por datos sensibles.

Este "hiperespacio" intuído y calculado por Einstein, en su concepción de la "Relatividad", puede ser uno de tantos "espacios" teóricos cuya existencia queda fuera de toda apreciación concreta, pero no hay por que negar en vista de sus manifestaciones. No sólo existe lo que se vé, oye y palpa.

Pero aún hay más: Los electrones que forman los átomos y los átomos mismos no son

apreciables sensiblemente (como no sea por sus influencias cenestésicas en nuestra materia viva) a pesar de que son elementos del espacio de tres dimensiones en el cual vivimos, y de los cuales estamos formados. Si un electrón es una carga de *energía* (o impulso) más que una *masa* material, puede asegurarse con Einstein que *la materia es energía condensada*; y en este caso los elementos del átomo representan el límite donde se encuentra el espacio de tres dimensiones con el hiperespacio; es decir, el espacio de las formas con el de los impulsos. Su carácter fundamental rotatorio afianza esta suposición como hemos visto en líneas anteriores.

Un electrón sería pues una entidad de cuarta dimensión que ha venido por "revolución" (movimiento circular) a realizar un mundo de tres dimensiones, de evolución y de acaecer. (1) Medítese que en alguna parte ha de hallarse la conexión entre los diversos mundos o espacios, puesto que unos

(1). Al modo como las unidades forman las decenas, éstas forman el orden de las centenas, éstas el de los millares, y así sucesivamente.

son consecuencia de los otros y se influyen mutuamente.

Y si bien es cierto que para manifestar el mundo físico los electrones se reúnen formando átomos, estos se reúnen formando moléculas, estas se juntan formando sustancias, y las sustancias se reúnen formando cuerpos, también es perfectamente admisible que los electrones permanezcan en el hiperespacio adoptando formas de relación y movimientos extrínsecos muy distintos de los que adoptan en nuestro mundo de tres dimensiones, dando lugar a las formas psíquicas de las pasiones y los pensamientos, de las entequeías y otros seres invisibles, que pueden adoptar a su vez imágenes sutiles y nebulares, fantasmales y etéreas, que, en realidad son centros de tensión, corrientes de energías y, en suma, fuerzas organizadas. (1)

¿No puede ser el éter la materia disociada en sus cargas energéticas, o sea en forma nebular?

(1). Un campo electromagnético entre los dos polos de un electroimán, es una forma de cuarta dimensión, a través de la cual puede pasar sin destruirla un objeto material de tres dimensiones.

Admitida esta hipótesis habría que admitir también que nuestro ser está integrado de elementos correspondientes a espacios de distintas dimensiones como son el cuerpo denso, el doble etéreo (etéreosoma o cuerpo de fuerzas), el alma animal o sensitiva, el alma intelectual y el espíritu o esencia. Todos ellos densos o sutiles, pero materiales, excepto la esencia espiritual que con sus propiedades de ser, conocer y querer, está fuera de todo espacio y de todo tiempo; y, en todo caso, mora en el Espacio de infinitas dimensiones.

Si una forma de cuarta dimensión, como el citado campo electro-magnético entre los dos polos de un electro-imán, puede ser atravesado sin ser destruído por un objeto material de tres dimensiones, quiere decirse que ocupan espacios distintos aunque a nuestra apreciación objetivante le parezca que ocupan el mismo espacio.

La "onda herziana" que partiendo de una estación radio-emisora atraviesa el aire, las tierras y las aguas, sin que sean para ella obstáculos físicos, llegando al polo opuesto del planeta, en un tiempo casi imperceptible

se mueve en espacio de cuarta dimensión, en el que "el tiempo es espacio" (usando la famosa frase wagneriana del "Parsifal"). El mundo denso de tres dimensiones y el mundo sutil (mejor etéreo) de cuatro dimensiones, se interpenetran sin inconveniente en sus formas respectivas, aunque no dejen de influirse mutuamente.

La "onda mental" que emana de un cerebro y es recogida telepáticamente en el mismo instante, por otro cerebro sintonizado con el primero, obra en cierta hiperdimensión.

Si la luz de una nebulosa transmitiéndose a razón de 300.000 kilómetros por segundo, tarda en llegar a la tierra quince siglos, en la Tierra es "presente" lo que fué "presente" en dicha nebulosa hace 15 siglos. De la diferencia de tiempo entre estas dos realidades "presentes" tiene la culpa el espacio. Es decir, cualquier hecho es siempre "presente" en alguna parte del espacio; por consiguiente el decir que "ha pasado" es cuestión de posición.

Repárese todavía en las consecuencias de esta observación: El hecho de que la ima-

gen de cualquier objeto o acontecimiento sea advertida en uno u otro lugar del espacio, 1 segundo después ó 15 siglos después de haberse producido, no quita ni pone nada en cuanto a su realidad; ni quita ni pone nada en cuanto a su "presencia" para el observador. La actualidad es lo que en el momento afecta a nuestros sentidos.

Se podrá objetar que el hecho que ha producido la imagen que observamos no se está produciendo "ahora" sino que se ha producido un tiempo "antes" que es lo que ha "tardado" en llegar hasta nosotros. Esta argumentación puede aplicarse exactamente aunque el objeto esté a 3 metros de nosotros y tardemos en percibirle una cienmillonésima de segundo. Siempre el objeto o el acontecimiento será "antes" que nuestra percepción. Para que lo percibiésemos "al mismo tiempo" que se produce, sería necesario estar unificados con el objeto; es decir, que no hubiese dualidad (que no hubiese "yo" y "no yo"). Solamente en este caso no habría tiempo; pero vese que tampoco habría espacio; por la sencilla razón de que sujeto y objeto serían una sola esencia, que es atemporal e inespacial.

cial. Únicamente el "amor" en el sentido más amplio y cósmico de la palabra puede conseguir esto; como ya hemos afirmado a consecuencia de otros razonamientos.

Todavía podemos pensar a propósito de este asunto que, un objeto o acontecimiento se va viendo cada vez más pequeño cuanto más nos alejamos de él, sin que por alejarnos pierda "actualidad". (A nadie se le ocurre decir que una cosa que está sucediendo a las seis y media en punto de la tarde, deje de ocurrir a esa hora por que se la observe a 7 o a 50 metros de distancia). Sin embargo, sucede simultáneamente que, según nos alejamos y la vemos más pequeña, también "tarda" más en ser percibida por nuestros sentidos. Y teóricamente, en el infinito sería percibida como un punto, porque como imagen no llegaría nunca.

¿Qué quiere decir todo esto?

Si pues el tiempo y el espacio sólo existen cuando hay dualidad (que es tanto como decir "relación") quiere decirse que ambos conceptos dimanen del sistema de relaciones entre el "yo" y el "no yo".

Una imagen o escena percibida desde el infinito en espacio y desde el infinito en tiempo, es un punto. Esa misma imagen percibida desde una distancia nula y en un tiempo nulo, es también un punto; porque no hay dualidad sino unidad entre sujeto y objeto, y entonces esa escena o imagen es tanto del sujeto como del objeto, es decir no hay sujeto ni objeto sino una sola esencia.

Bastan estas razones, por si no hubiesen bastado las anteriores, para demostrar la "idealidad" del tiempo y del espacio.

Pero todavía podemos añadir esta consideración.

Por medio de un telescopio nosotros podemos ampliar extraordinariamente la imagen de un planeta viendo detalles que escapan totalmente a la visión normal. Con ello hemos burlado hasta cierto punto la ley de relación entre tamaño y distancia; pero esto no impide que la luz (o imagen visual) siga tardando en llegar hasta nosotros el tiempo que siempre ha tardado. Quiere decirse que al tiempo no se le puede subvertir con artilugios que obran en tercera dimensión; porque

el tiempo es la cuarta dimensión, y para trascender sus leyes hace falta disputárselas en su propio terreno. Por esta causa la radiotelefonía y la telepatía anulan en su grado relativo el factor temporal; porque obran en cuarta dimensión.

En resumen: La imagen, como es forma, puede ser modificada en tercera dimensión; pero la luz que la transmite (que es vehículo de la forma), como es vibración o impulso, no puede ser modificada más que en cuarta dimensión. (1)

La forma en que los sentidos interpretan los valores de los movimientos y formas de todo lo existente es lo que en nosotros hace surgir las categorías de tiempo y espacio. El telescopio y el microscopio modificando las relaciones de los valores normales de las imágenes visuales: el micrófono, teléfono y radiotelefonía modificando los valores relativos de audición, y la televisión modificando unos y otros a la vez, deshacen por completo toda posible objetividad del tiempo y del es-

(1). La vista es el sentido de la forma y del espacio. El oído es el sentido del ritmo y del tiempo.

pacio. Por otra parte, es posible transmutar la luz y el sonido en electricidad (emisora de televisión), la electricidad en ondas herzianas (radio-emisora), estas en sonido y luz (estación receptora), la electricidad en calor (estufas eléctricas), el calor en movimiento (máquinas de vapor), el movimiento en calor y luz (turbinas, dinamos), etc., es decir, unos movimientos del éter en otros del mismo o de distinto tipo (vibratorios, oscilantes, rotatorios), visibles o invisibles, por lo cual bien puede decirse que toda objetivación en tiempo y espacio es puramente circunstancial y que las apreciaciones sensorias por medio de las cuales nosotros interpretamos el mundo de tres dimensiones, son ilusorias, falaces e inciertas, no pudiendo darnos más que un símbolo de las realidades que se esconden tras de ellas.

Por todas estas razones decía Kant lleno de convicción: "Del caos de sensaciones el intelecto hace su representación; el material lo da la experiencia y la forma el pensamiento". El mundo que conocemos es el mundo de nuestra representación mental. El mundo que perdemos al morir no es otro que este

mismo mundo de nuestra representación; el que hemos construido con nuestro pensamiento; pero nada más que esto porque no puede ser otra cosa. (El mundo que podemos conocer por medio del microscopio no le perderíamos si no se hubiese inventado el microscopio; como un ciego no puede perder el mundo de la luz y del color).

La voz de una persona que ha muerto hace años puede hacérsenos presente haciendo girar el disco de un gramófono impresionado por ella. ¿Es que no está hablando esa persona ahora? Sería absurdo decir que no; pero... también parece absurdo decir que sí.

¿Entonces pues...?

Es lógico pensar que esa voz que oímos en el gramófono no es la voz de la persona en cuestión sino una reproducción de ella por medio de engramas que se transforman en sonidos. Pero también debemos pensar que esos engramas del disco fueron grabados por la voz de la persona. Son su voz transmutada: Es ella misma que está hablando en cuarta dimensión, es decir en tiempo, ya que no en espacio. Es la voluntad de esa persona la que

habló en el disco para legar su voz y sus palabras; es esa misma voluntad la que ahora habla, siendo indiferente que se valga del mecanismo del gramófono, como que se valiese del mecanismo, también objetivo, de su laringe y sus cuerdas vocales que al fin son un instrumento de manifestación como el gramófono. Y la voluntad está fuera del tiempo y del espacio y es ella la que habla siempre que se oye su voz. (1)

Comprendo la objeción del lector, después de todas estas consideraciones: Podrá decirse: Si Ud. afirma que el tiempo y el espacio no tienen existencia real, es claro que no existe el espacio de tres o más dimensiones, ni existe la cuarta dimensión que es el tiempo.

A esto hay que responder lo siguiente: Es natural que no existen tiempos ni espacios como entidades objetivas; pero como las intuiciones de tiempo y espacio nacen en nues-

(1) Por esto, la única manera de comunicarse con los muertos es hacer y decir su voluntad que es su espíritu; pero no tratando de evocarles por medios psíquicos que no pasan del espacio de cuarta dimensión, o de los vehículos sutiles, que no es el espacio de los espíritus.

tro entendimiento por alguna causa objetiva, hemos de convenir (y esto queda dicho) en que, el espacio de tres dimensiones es la masa material o cuerpo, apreciable por los sentidos; y el tiempo o espacio de cuarta dimensión es el movimiento intrínseco que acarrea variabilidad.

El movimiento traslaticio de un objeto, apreciable por los sentidos tan bien como su propia masa, no es cuarta dimensión sino cambio de posición tridimensional con relación a los demás objetos. El movimiento intrínseco que origina cambio o variación en la conformación del objeto con relación a sí mismo, es cuarta dimensión. Nosotros no podemos juzgar la edad de una persona por que se haya trasladado de Buenos Aires a París, pero si por que se haya trasladado del año 1900 al 1954. Este último hecho es variación de su propia persona, independientemente del lugar que ocupe, y se debe a movimientos o variaciones de la propia materia de que está compuesta. Se ha dicho que "la vida es un caso particular del movimiento". Este movi-

miento es cuarta dimensión; y por esta razón no podemos modificar el aspecto físico de una persona con cualquier medio tridimensional de la manera como la modifica el "tiempo".

Todas estas cosas podrán no ser demostrables matemáticamente, porque la inteligencia humana, aún por la senda matemática, tiene su límite; pero la intuición filosófica puede ir más allá, aún comprendiendo que la "razón pura", como explicó Kant, no puede resolver por sí misma las grandes antinomias que plantean los problemas de la metafísica.

Para conocer "la cosa en sí", es decir, la realidad o verdad que se esconde tras los fenómenos del mundo manifestado, no hay más camino que el de la intuición filosófica, artística o religiosa; pero siempre será un obstáculo para expresarlo el tener que utilizar palabras, que son símbolos cristalizados nacidos de sensaciones experimentales en nuestro mundo de las tres dimensiones. Este mundo en donde nos hallamos aprisionados por las envolturas de la materia, como estaba

en su calabozo el prisionero del mito platónico. (1)

El alma de lo inanimado.

Si es cierto que todos los movimientos del Universo tienen su origen en una fuerza *espiritual* o metafísica, quiere decirse que hemos de comenzar por admitir en todo lo existente un "espíritu" o "aliento" informador. Hasta el átomo tiene un "espíritu".

Ya sabemos que "espíritu" no es "alma" (aunque *alma* (de "anemos", viento) es un equivalente de "spiro" (soplo) o *espíritu*. Entre viento y soplo apenas hay una diferencia de matiz). Pero con la palabra "alma" queremos expresar una *conciencia individualizada*.

Mas sería una cosa de suma dificultad llegar a establecer el límite donde termina lo

(1). Se exceptúa, como ya se sabe, de la limitación de la palabra, el arte, que se vale de medios formales o insinuantes (formas colores y sonidos) para su expresión. O de palabras que trascienden su valor gramatical, como en la poesía.

espiritual para comenzar lo *ánimico* y donde termina esto para empezar lo *automático*. Porque en la unidad que establece el principio hermético unifenoménico de la Creación no hay sino diferencia de grados de manifestación.

Veamos:

La materia es una objetivación de la Voluntad que es "Espíritu". El átomo de que está constituida, está a su vez formado de electrones o "cargas de energía", lo cual ha llevado a afirmar que la materia es energía condensada. Y la energía al fin es *impulso* o "espíritu". Se vé que es muy difícil establecer una diferencia fundamental entre espíritu y materia; y si esto es difícil dialécticamente tratándose de las cosas más antagónicas que pudieran proponerse, ¿qué habría que decir de lo menos distanciado?

No hay que olvidar que los Upanishads de los "Vedas", habiendo colegido esta dificultad, establecen que "Dios creó el Mundo desplegando el manto de su propia substancia"; es decir que la materia es de la mis-

ma "substancia" de Dios, y, por tanto, espiritual.

Bien es verdad que el *espíritu* por ser *esencia*, está fuera del tiempo y del espacio; pero también lo está la materia en sí, que es "eterna" e indestructible por ser espíritu objetivado. Más, cierto es también que el *alma* por ser "conciencia individualizada" está ya sometida a condicionamiento temporo-espacial: aunque esto no pueda referirse, como he dicho, a espacio de tres dimensiones.

Es decir, el *alma* por ser "conciencia" tiene un grado de "objetivación" de que carece el espíritu que es "impulso". El impulso es cantidad; la objetivación es cualidad. El alma, por ser cualitativa y objetivada tiene forma (aunque sea hiperfísica e hiperdimensional). En una palabra, el alma es ya *existencia, manifestación y diferenciación* de lo espiritual, aunque esto quede siempre en el fondo, como causa o esencia.

Pero, de todas maneras, el alma aunque plasmada en materia sutil (que al fin está constituida como la materia densa, por cargas de energía) no deja de tener una consti-

tución que, en cuanto a su causa es espiritual y en cuanto a su efecto es material y objetiva.

El *cuerpo*, a su vez, es una objetivación concreta temporo-espacial y tridimensional con mecanismos automáticos dimanantes de su constitución orgánica, pero establecidos y regidos (esto es lo importante) por una ley de finalidad y previsión (o "providencia") que es puramente espiritual y anímica.

En los minerales y en los vegetales (como en los animales y en el hombre) existe un automatismo o sistema de reacciones a las acciones del medio ambiente, que indudablemente es producto de su constitución físico-química o biológica; pero el mineral y el vegetal también crecen (por yuxtaposición de elementos químicos o biológicos); y, si bien el mineral no se reproduce, si cristaliza según una ley geométrica.

El hecho de reproducirse la planta no es un mecanismo automático o de reacción, sino una función de finalidad o "voluntad". Y el hecho de cristalizar un mineral, no es tampoco una realización automática, sino un impulso intrínseco que dimana de su propia esencia

(o sea de su propia "manera de ser") a través de un pensamiento geométrico (las reacciones no producen geometría); y todo esto es de origen anímico y espiritual, porque es forma e impulso causal. Por esta razón se ha establecido, por lo menos, la existencia de un "alma vegetativa" en los dos reinos inferiores. (1)

Relatividad.

Un dicho vulgar afirma que "todo en este mundo es relativo". Y, efectivamente, con referencia al gran problema del espacio, hemos podido ver que la mecánica del Universo tanto puede explicarse por el movimiento de un espacio lleno y flúidico, como por el movimiento de los cuerpos, impulsados por una fuerza en un espacio vacío.

(1). "Vegetativo" no se refiere a lo "vegetal", sino al crecimiento o formación.

De todo esto se deduce también la verdad que encierra aquella sentencia oriental que dice: "Dios duerme en el mineral, sueña en la planta, despierta en el animal y vive en el hombre".

Para resolver este enigma, el astrónomo Michelson en 1882, realizó su célebre experimento, sobre la desviación del rayo luminoso, con objeto de calcular la velocidad de propagación de la luz en relación con el movimiento de la Tierra, en el supuesto de que el éter está inmóvil y de que existiesen dos observadores, uno quieto en el espacio y otro desplazándose con la Tierra.

Contra todo razonamiento y solución matemática (1), en lugar de resultar dos cantidades desiguales de tiempo (puesto que la tierra se mueve translativamente a razón de 29 kilómetros por segundo) *resultaron tiempos iguales* para el observador terrestre y para el observador en el espacio. Y esto sugirió al Profesor Lorenz la proposición de admitir que el trayecto luminoso reflejado en la misma línea y dirección contraria del movimiento terrestre, se hubiese retrasado por la presión del éter.

Pero el Profesor Einstein, meditando y calculando sobre la aparente anomalía, afirmó

(1). Y esto no es difícil de explicar, pero si inoportuno en una obra de filosofía.

que "el movimiento de los cuerpos no provoca dicho retraso en la dirección del desplazamiento", sino que "el movimiento de un cuerpo produce no solamente el acortamiento de su dimensión en la dirección de su desplazamiento, si que también un retardo del tiempo a bordo del móvil".

Por razones geométricas derivadas de este concepto, Einstein admitió que *el espacio y el tiempo forman un solo conjunto o continuo, curvo y de cuatro dimensiones*.

Con esta deducción concuerda nuestra apreciación (puramente filosófica) de que *el tiempo sea la cuarta dimensión del espacio*, (por consiguiente la misma cosa) y "curva" por añadidura, puesto que está vinculada al movimiento circular. (1) Nótese que tanto es cierto decir que el tiempo se mueve o deviene en el espacio de tres dimensiones, como decir que el espacio (lo espacial) se mueve o varía en el tiempo.

(1). De aquí la citada frase wagneriana del "Parsifal" cuando a este le dice su Maestro en el momento de entrar en el "Reino del Gral" (del espíritu): "Hijo mío: Aquí el Tiempo es Espacio".

Esta solución quizá puede satisfacer a la interrogante de los que suponen que las almas (o entidades psíquicas) existen en el tiempo pero no en el espacio. (Si este no es de cuatro dimensiones, habría que añadir).

Cierto es que la hipótesis de la inmovilidad del éter no puede ser mantenida porque está en desacuerdo con el experimento de Michelson, según ha demostrado Stokes. Esto obligó a recordar la suposición de Cartesio que admitía la existencia de una corriente de fluido etéreo que arrastra la Tierra en su órbita alrededor del Sol.

El Profesor Einstein dijo: "Negar la existencia del éter quiere decir admitir que el espacio está vacío y desprovisto de cualquier cualidad física. Pero los datos fundamentales de la mecánica no armonizan efectivamente con este punto de vista. Resumiendo, yo pienso que el espacio está provisto de cualidades físicas, y en este sentido el éter existe. Agregó que, de acuerdo con la teoría de la relatividad, no puede pensarse en un espacio sin éter".

De este modo, el movimiento del espacio, que es el del éter, con las características que antes hemos señalado, puede explicar también la trayectoria curva del rayo de luz, la desviación de los mismos rayos luminosos al pasar cerca de los cuerpos celestes, las variaciones de la energía "por saltos" de los electrones en el átomo, de una órbita a otra, y otros fenómenos de la dinámica universal incompatibles no solamente con la inmovilidad del espacio sino con la concepción simplista de un espacio único de tres dimensiones.

Asombra pensar que algunos milenios antes de Jesucristo, ya el "Manava-Dharma-Sastra" (o "Código del Manú"), los "Puranas" y sobre todo algunas "Dharsanas" o escuelas filosóficas hindúes, hablaban en términos metafóricos del "Huevo del Mundo" (o espacio curvo) con sus zonas, "regiones celestes" o estratos de diferentes categorías o dimensiones; de sus "aguas" (o éteres) movidos por "Nara-ayana" ("espíritu del movimiento"); del Sagrado Cisne o "Brahma-Kala-Hamsa", que "flotaba sobre las aguas, "imagen del Hábito Primordial (como el "Espíritu de Dios" bíblico); y aún de la exis-

tencia del átomo afirmada por Kanada, Gotama, Kapila; como luego lo fuera en Grecia por Leucipo y Demócrito.

Todo esto nos hace pensar si no sería más rápido y sensato, a los efectos de llegar a la verdad científica de los hechos universales, tomar como ciertas las hipótesis y grandes concepciones del pasado, para que sirvieran como "instrumentos de trabajo" a las especulaciones y experimentos del presente. "Aprender es recordar" que dijo Platón.

IV

MEDITACION SOBRE EL CONOCIMIENTO

¿Qué es nuestra conciencia?

Sabemos por examen introspectivo que en nosotros hay una propiedad de conocer. A esta propiedad llamémosla *consciencia*, es decir "aquello que en el ser conoce". (Por eso la palabra lleva la "s" de "esse", ser).

Esta propiedad de captación de objetos cognoscibles, puede estar ocupada por un caudal mayor o menor de "representaciones" concientes de esos objetos. A ese caudal llamémosle *conciencia* (sin "s").

Así pues, hay en nosotros una propiedad conocedora y un contenido de material conocido, que no debemos confundir. Como

tampoco debemos confundirlos con los mecanismos de captación del conocimiento, tales como la *razón* y la *intuición*, que son "facultades" o capacidades.

Propiedad de conocer, facultades para conocer y contenido de conciencia o "representaciones", son tres cosas diferentes que debemos discriminar para poder entendernos en teoría del conocimiento.

Pero también hay que distinguir la representación directamente captada por la *intuición*, de la representación "elaborada" por la *razón* o reflexión. En la primera cabe hablar de una capacidad *inteligente*; en la segunda de una capacidad *lógica*: (Un animal puede ser inteligente pero no lógico. Un hombre puede "tener mucha razón" y no estar en lo cierto por falta de inteligencia suficiente).

La inteligencia (de "intus-legere" o escoger cuidadosamente en nuestro interior) es la capacidad de captación de conocimiento, independiente de que este llegue a la conciencia por vía intuitiva o por vía racional. Una persona que capta la verdad es inteligente. La *razón* o capacidad "lógica", no pa-

sa de ser el mecanismo del entendimiento, por medio del cual nosotros elaboramos las imágenes sensibles de los objetos y las vamos adentrando y transformando en representaciones mentales en nuestra conciencia.

La razón por sí misma es un mecanismo para llegar a la verdad, pero no una garantía de la verdad si no va seguida de una intuición final. La intuición después del laboreo lógico de la razón, es algo así como la asimilación después de la elaboración del alimento por la digestión. Sin intuición de nada serviría la razón. Ya advertía Schopenhauer que dos hombres pueden pasarse la vida razonando con toda corrección lógica y esgrimiendo argumentos contrapuestos sin estar en lo cierto ninguno de los dos, estando en lo cierto los dos, o estando en lo cierto uno de ellos y no el otro.

La *intuición* (o "conocer viendo") es la captación extrarracional o superracional del conocimiento; es decir, sin intervención del mecanismo racional o lógico. La intuición que es auténtica es siempre inteligente, es decir supone captación de la verdad y por tanto

certeza subjetiva. (Certeza que luego podrá o no ser explicada por la razón).

La intuición producida directamente por la observación de un objeto o suceso, o producida indirectamente por elaboración lógica o racional, acaba "abstrayéndose" en nuestra conciencia constituyendo un *concepto*.

La *abstracción* es una generalización de lo particular en "especies mentales representativas". Ejemplo: Nosotros tenemos el concepto de lo que es una *mesa*, y llamamos así a "toda superficie colocada horizontalmente a cierta altura que permita trabajar sobre ella". Para el concepto de mesa es igual que dicha superficie sea o no de madera, que tenga cuatro, seis, tres, dos o una pata (velador), o que no tenga ninguna pata y esté sujeta a la pared. Lo esencial para el concepto de mesa es su colocación horizontal y su determinada altura sobre el suelo. Efectivamente, a una tabla colocada directamente apoyada en el suelo a nadie se le ocurriría llamarla "mesa". A otra tabla colocada a 3 ó 4 metros sobre el suelo, por muy horizontal que estuviese, tampoco la llamaríamos mesa, sino estante, repisa, anaquel, etc. Vese que es fun-

damental para abstraer en una imagen genérica el concepto de "mesa", que esta se halle a una altura que permita al hombre, sentado o de pié, laborar sobre ella. Entonces *si que es una mesa*.

El concepto pues es una representación genérica, que generalmente llamamos *idea* (de "eidos", imagen) pero que no debe ser confundido con esta. La *idea* es una imagen o representación mental que reproduce los rasgos generales de una especie o género de objetos, por cuanto estos tienen forma. (La superficie, la horizontalidad, la fijación y la altura en el citado ejemplo de la mesa). El *concepto* es una representación "lógica" (no necesariamente formal o rememorativa) que establece condiciones por las cuales una cosa es conocida o definida. (En el caso de la mesa, dichas condiciones se revelan conjuntamente a la conciencia aunque no nos imaginemos la mesa). Y existen conceptos de objetos ideales, o sean carentes de forma (como los conceptos de Dios, la Justicia, la Bondad, la Verdad, etc.) cuya elaboración se ha abstraído en nuestra conciencia por la observación de hechos, tendencias o impulsos que

nunca pueden tener una imagen objetiva determinada y constante. (Nosotros por ejemplo, observamos el orden universal y la finalidad de las criaturas, y esto contribuye a elaborar y abstraer un concepto de Dios, etc.).

La formación de *ideas* y *conceptos* en nuestra conciencia constituye un proceso por medio del cual "se condensan" en nuestra mente los hechos y cosas del mundo exterior. Este se "inmixe" en nuestro ser, en la medida en que hayamos sido capaces de captarle.

El *pensamiento* es otra cosa. Se llama *pensar* a la función reflexiva, lógica o racional de la inteligencia; pero no a la intuición: el que intuye no piensa o ha dejado de pensar. El pensamiento es la representación mental concreta, o sea la imagen objetiva de cualquier cosa que haya entrado por los sentidos y, por consiguiente, capaz de ser rememorada según una forma determinada.

Cierto es que con la palabra "pensamiento" se han tratado de definir o expresar modos muy distintos de la actividad mental (y así decimos el "pensamiento ancestral", el "pen-

samiento contemporáneo", el "pensamiento fantástico", el "pensamiento positivista", el "pensamiento conceptual", etc. etc.), pero esto es una licencia del lenguaje que a veces se sale del verdadero concepto del verbo "pensar" y del sustantivo "pensamiento".

Sin embargo, es cierto que el hombre se ha valido en las distintas épocas de su historia de "sistemas imaginativos" más o menos fundados en los hechos y objetos, diversamente interpretados, de la realidad externa. La eficacia de un determinado sistema de manejar nuestras facultades mentales, ha sido muy diversamente apreciada en las distintas épocas y culturas.

Hay que convencerse de que todo eso que llamamos la "realidad externa", cognoscible no más que por las cualidades sensibles de las cosas que afectan a nuestros sentidos corporales, no puede ser conocida en su esencia. No podemos pretender más que una "interpretación" de los datos sensoriales, componiendo con ellos nuestra representación, y, por consiguiente, forjando una interpretación de acuerdo con la eficacia mayor o menor de

nuestras facultades intelectuales. "Las especies sensitivas se convierten en especies intelectivas", que dijeron los escolásticos.

Pero estas "especies intelectivas" pueden o no ser adecuadas para interpretar un hecho o una cosa. El grado de verdad es pues variable. La *verdad* no es la realidad externa; sino la concordancia entre esta y nuestra representación mental. La verdad es una relación adecuada que, de estar en algún sitio, lo está en nuestra conciencia. Por esto, nadie puede decir, si pretende hablar con rigor filosófico, que la verdad es una propiedad de cualquier ser u objeto, físico o metafísico, que se halle fuera de nuestra conciencia. Esa frase equívoca de "la Verdad Eterna", refiriéndose al Verbo, Logos, o Ideación Divina, podrá ser cierta en cuanto expresa nuestra suposición de que la propiedad consciente del Espíritu Divino es perfecta para captar la Realidad Absoluta (es decir para conocerse a Sí Mismo), pero no para expresar la hipostasia en ella del segundo aspecto de la Trinidad teológica.

V

MEDITACION SOBRE EL PENSAMIENTO Y LA VERDAD

Ha habido tres modos de pensar (mejor diríamos, de "mentar") en la evolución de la inteligencia humana: El pensamiento *romántico-fantástico*, el *concreto-positivo* y el *abstracto-conceptual*.

¿Cuál de estas tres formas de mentalidad ha sido de mayor utilidad o eficacia para alcanzar la verdad de la realidad universal?

¡Enorme problema de crítica del conocimiento!

Kant se pasó la vida entera para demostrar, en sus famosas antinomias, que la razón pura no puede llegar a la verdad de los grandes

problemas de la metafísica; por consiguiente que, el pensamiento *abstracto-conceptual*, con ser el pensamiento *racional* por excelencia, no llena totalmente la aspiración del intelecto humano. Pero hay que preguntarse: ¿Qué es lo insuficiente, el mecanismo lógico de la razón o la capacidad gnóstica de la inteligencia? Es decir, ¿el mecanismo o la propiedad?

Porque la inteligencia puede llenarse de verdad por otros mecanismos.

El pensamiento *concreto-positivo*, basado en la observación y la experimentación, con deducciones lógicas, puede, indudablemente, alcanzar verdades de aplicación práctica, relativas a los hechos que afectan a los sentidos; pero carece de eficacia para inmiscuirse en las realidades metafísicas. Por esto la ciencia positiva es materialista.

¿Qué podemos esperar del pensamiento *fantástico-simbólico*? Indudablemente, esta forma del pensamiento ha sido la que ha informado la cultura de las primitivas comunidades humanas y la que ha servido de vehículo a la primitiva revelación religiosa que ha

nutrido el cuerpo ideológico de todas las Religiones.

El hecho de que todas las grandes verdades de la filosofía religiosa, que tratan de definir precisamente las realidades metafísicas, hayan empleado el pensamiento fantástico-simbólico, prueba que ha sido reconocido como un buen vehículo de la verdad. ¿Se debe esto a su primacía o a su eficacia?

A Dios no puede explicársele por la razón ni por la experimentación objetiva. Solamente cabe *intuirle* por vía de sentimiento o por medio de símbolos. Sin embargo, ¡cuánta fuerza ha tenido el pensamiento simbólico para educir la fe en el alma humana! Las vicencias de lo metafísico no pueden transmitirse por medio de la razón ni por la experimentación objetiva.

La aparente incoherencia y el lenguaje ilógico de las Escrituras Sagradas y de la mayor parte de los grandes poemas y epopeyas (esto que hizo decir a Unamuno que "en los Evangelios no se encuentra un solo silogismo") ha tenido siempre un éxito evidente en el intelecto de la humanidad. "El corazón

tiene sus razones que la razón no comprende", decía Pascal. Y al intelecto se llega tanto por el corazón como por la cabeza.

El *arte*, que tampoco usa expresiones racionales, tiene también un valor metafísico universal, insuperable como revelador de intuiciones; porque el arte es un lenguaje del pensamiento fantástico, como ya definió Tolstoy al decir: "El arte empieza donde la imitación acaba". Es decir, el arte está ausente de lo lógico concreto, y por eso es arte. Schopenhauer nos afianza en esta idea al decirnos: "El arte nos da la imagen eterna de un fenómeno temporal". Y en esto, naturalmente, no hay lógica (porque lo lógico es que lo temporal siga siendo transitorio), sino un sentir intencional que se traduce en voluntad creadora y eternizadora.

Pero, con todo esto, nos resulta indudable que el instrumento para captar y exponer verdades universales (o del máximo radio de acción humano) es el pensamiento *abstracto-conceptual*, basado en la lógica o pura razón con el cual ha sido construido el ingente edificio de la mayoría de los sistemas filosóficos.

Si lo metafísico (Dios, Creación, Alma Inmortal, etc.) no puede llegar a ser definido apodócticamente con esta forma de pensar, tampoco, en verdad, puede llegar a ser definido por el pensamiento fantástico, ancestral y simbólico. Este puede llegar a provocar intuiciones profundas y convincentes, pero limitadas a un valor subjetivo o personal.

Lo *fantástico-simbólico* puede llegar a ser más convincente para un individuo; pero lo *racional* o *lógico* es siempre más convincente, dentro de su grado, para todos los individuos. Esto es objetivo y de validez universal.

El *arte*, como forma superior de expresión inteligente, tiene la ventaja de ser un medio de provocar intuiciones con un valor a la vez subjetivo y objetivo. La obra de arte puede convencernos a todos (como lo hace el pensamiento racional) y sin embargo no puede ser explicada racionalmente de un modo exacto porque es expresión del pensamiento fantástico. Este privilegio del arte hizo decir a Beethoven que, "La música es una revelación más alta que la filosofía", y también que, "el que tiene un arte no necesita religión".

En estas afirmaciones no hay irreverencia para las religiones ni para los sistemas filosóficos.

La Venus de Milo es bella en el sentir de toda la humanidad en todos los tiempos; pero el "Postulado de Euclides" (fruto del pensamiento lógico) tiene sus motivos de serias objeciones. Sin embargo el "Postulado de Euclides" ha servido de base al edificio de todo un sistema científico, con verdades y realizaciones de evidente valor práctico.

Estas meditaciones y otras que pudieran derivarse de estas y ampliarlas, nos llevan a concluir que, cada forma de pensamiento se inmiscuye en nuestra inteligencia por caminos distintos y no incompatibles. Cada forma de pensar sensibiliza una facultad distinta (intuición o razón) y se vale de un mecanismo diferente (objetivo, subjetivo o conceptual); pero a la postre el captador de la verdad es siempre el mismo sujeto consciente y senciente. Por esta razón, cuando a la humanidad no le basta una forma de pensar para indagar el misterio de la vida universal, echa mano de otra hasta agotar sus posibilidades.

Pero, como esto se realiza sobre la base creciente de un caudal gnóstico en el intelecto de cada ser humano y de cada ciclo de cultura, de aquí los cambios, las diferentes oportunidades y la eficacia alternativa de cada una de las formas del pensar. Por esto es interesante el estudio de la evolución del pensamiento a través de la historia de la humanidad, que es tanto como repasar la historia de la cultura y de la filosofía.

VI

MEDITACION SOBRE LA "ERA FELIZ"

Los que esperan la posibilidad de una era de felicidad, fraternidad, equidad y paz en la Tierra, pueden dividirse en dos clases: Los *políticos* que tratan de lograrlo por medio de una revolución, y los *religiosos* que lo esperan todo de un movimiento redentor de carácter general. Unos y otros confían en la capacidad de un director, llámese jefe, conductor, instructor, maestro, enviado o mesías.

Si se les pregunta en que hechos o razones se fundan para esperar tal cosa, se verán en grave aprieto, porque su esperanza está fundada solamente en un noble deseo.

Ningún hecho de los que constan en la historia de la Humanidad, revela la existencia de una etapa de felicidad, equidad y fraternidad universal. No hay pues precedentes. Y no será por que no se han sucedido los maestros y redentores lo mismo en el orden político que en el orden religioso. Dándose el hecho curioso y significativo de que todo jefe o maestro de cualquier doctrina de emancipación o redención ha sido un alma doliente y pesimista.

¿Qué ha conseguido en favor de la felicidad y de la fraternidad humana un Confucio, un Buddha, un Napoleón, un Pitágoras o un Jesucristo? Casi nada: Dejar un código social o moral que solamente se cumple a medias, y que jamás ha logrado suprimir el egoísmo, la ambición, el espíritu de lucha y el pecado; como no sea en una minoría que se ha sacrificado y ha realizado la anhelada reforma en el propio corazón de sus individuos.

La humanidad, después de haber pasado por la Tierra tantos enviados, reformadores y redentores, sigue igualmente imperfecta,

egoísta, irredenta y desdichada. Y lo que es peor; ajena a las lecciones de la Historia.

Todavía hay gentes ilusas, animadas de nobles deseos, que creen en que algún día llegará esa etapa de la era feliz y luminosa por medio de algún procedimiento que modifique la estructura de la sociedad.

Claro es que el hecho de que no haya precedentes en la Historia, no es razón suficiente para afirmar que no pueda realizarse algún día; pero conviene pensar primeramente en su *posibilidad*, y después en el *procedimiento*.

¿Es posible que la humanidad en conjunto realice el hecho social de la felicidad, la fraternidad y la paz? Naturalmente; existe la posibilidad teórica si cada hombre logra ser feliz, fraternal y pacífico. Pero en esto estriba la dificultad.

La sociedad no es una entidad sino una abstracción que forja nuestra mente al percibir el conjunto de cada individuo con los demás, y que puede ser definida como un sistema de relaciones entre ellos. La realidad concreta es el individuo, no la sociedad.

Ahora bien; cada individuo es autónomo, independiente y libre para determinar sus intenciones, pensamientos y deseos, así como es totalmente dueño de sí para no perfeccionarse si no quiere hacerlo.

Suponiendo que el sistema de relaciones sociales (o sea el estatuto de la comunidad) fuese perfecto en cuanto a previsiones de justicia, igualdad y paz, no faltaría un sujeto ambicioso, egoísta y cruel que sabría destacarse, imponerse y dominar a los mansos, interpretando las leyes a su capricho y aún llegando a suspender las "garantías constitucionales". Contando, por supuesto, con la candidez de los buenos, de los nobles y de los confiados, que hasta llegarían a enaltecerle, aplaudirle y endiosarle como el "hombre del momento" si no como el mismísimo redentor.

¿No es este el espectáculo del ayer y de la actualidad?

¿Hay esperanzas de que esto cambie por la realización de una perfección de todos y cada uno de los hombres coincidiendo en

tiempo y espacio? Supongo que nadie querrá aventurarse a decir que sí.

Pero sigamos suponiendo que esta santidad de todos los hombres al mismo tiempo, fuese posible de realizar. ¿Por qué procedimiento habría de lograrse?

He aquí otro problema más grave que el anterior.

La revolución política o social puede variar relativamente el sistema de relaciones entre los hombres, e incluso puede admitirse en teoría que llegase a conseguir una perfecta igualdad de los hombres ante la ley y los medios de vida. Pero, ¿podría solamente con esto garantizarse la felicidad, la fraternidad, la equidad y la paz? La ley social no puede lograr que un corazón egoísta y ambicioso se vuelva noble y humilde. Ni siquiera puede conseguirlo la ley moral si el sujeto se cierra a todo impulso de progreso propio.

La propaganda de doctrinas humanitarias, la labor de iglesias, sociedades espiritualistas y filantrópicas, nos ha demostrado siempre la verdad de aquello de que "muchos son los llamados y pocos los escogidos"; ("Mu-

chos son los que llevan la varita de tirso y pocos los inspirados", que antaño dijera Platón). El egoísmo, la iniquidad y la ambición también anidan en el seno de las agrupaciones religiosas e idealistas.

De todo esto se deduce que el único camino viable y seguro para lograr la dicha y la armonía, es el de la *reforma individual*. Más, ¿cómo hacerla coincidir en todos los hombres a la vez, y como lograr que dé sus frutos al mismo tiempo? He aquí la incógnita que tienen que despejar los que esperan la "Edad de Oro" o la conquista del "Paraíso Terrenal".

Las soluciones colectivas adolecen del inconveniente de no contar con el asentimiento de todos los individuos, ya que hay muchos que no están conformes con la transformación o evolución social por que les tiene sin cuidado la fraternidad, la igualdad, la paz y, aún menos, su propia perfección. Pero todavía es más grave para toda solución colectiva el hecho de que se la vincula generalmente a cosas que no tienen existencia real, como el

"tiempo futuro" y la "sociedad" (1); por si fuera poco inconveniente el conjunto de medios violentos e inícuos que muchas veces se preconizan o se realizan para lograrlo.

Una sociedad imperfecta que quiere transformarse en otra más perfecta recurriendo a una revolución cruenta, llevaría en el nuevo estado el estigma de su propia imperfección y del egoísmo de sus componentes. ¿O es que los individuos esperan para hacerse altruistas y santos a que la sociedad quede transformada?

He aquí los espejismos e ilusiones que la incomprensión y el egoísmo humanos tejen sobre los problemas que atañen a su convivencia.

El individuo que comete iniquidad y violencia para preparar un futuro feliz en que vivirá fraternalmente como cándida paloma, carece de penetración psicológica para conocerse y para conocer a sus semejantes, y carece de penetración filosófica para darse

(1). Ya explicamos como el "tiempo" y la "sociedad" son abstracciones pero no realidades.

cuenta de las leyes de la vida universal; y, por consiguiente, debe ser rechazado como colaborador para un mejoramiento de la condición humana.

El revolucionario que piensa en el feliz futuro, y el reaccionario que piensa en el pasado feliz (porque ninguno de ellos está conforme con el presente) viven de fantasmas (deseos y recuerdos) despreciando el presente (los hechos) que es la realidad. Sin perjuicio de que los reaccionarios y revolucionarios del futuro (que será "presente" para ellos) sigan viviendo las mismas fantasías y cometiendo las mismas insensateces. (1)

(1). Dice Ortega y Gasset:

"No hay que confundir arquetipos con ideales. Arquetipos es la estructura esencial que la Naturaleza ha querido dar a los seres y a las cosas. Ideal es la cosa recreada en nuestra imaginación por nuestro deseo (desiderata).

Hay que postular una "higiene de los ideales", una "lógica del deseo".

Los nuevos ideales hay que extraerlos de la Naturaleza; no de nuestro deseo. El idealismo vive de falta de imaginación.

Todo el que es capaz de imaginarse con exactitud realizando su abstracto ideal sufre una desilusión, porque vé entonces cuán sórdido y mísero era si se compara con la fabulosa cuantía de cosas deseables que la realidad, sin nuestra colaboración, ha inventado".

(Continúa en la pág. 157).

Hay que abordar el problema en sus raíces mismas para poder llegar a la solución que en vano esperan los renovadores sociales, los unos tratando de echar el tiempo hacia adelante y los otros tratando de echarle hacia atrás.

¡El tiempo! He aquí el nudo de la cuestión.

Lo que se llama el "tiempo pasado" ya no existe, pero queda ligado a nosotros por el recuerdo. Lo que se llama el "tiempo futuro" aún no existe, pero estamos ligados a él por

Como colofón de estas frases, que expresan la incompreensión que de la "realidad tienen muchas mentes humanas, meditemos en esta frase de Einstein, que nos dice:

"Las proposiciones matemáticas, en cuanto tienen que ver con la realidad, no son ciertas; y en cuanto que son ciertas, no tienen que ver con la realidad".

Y comenta Ortega y Gasset:

"La metafísica se parece mucho a la política, porque en ambas lo real ejerce su imperativo sobre lo ideal o conceptual". Es decir, en la vida, que está formada de la realidad de los hechos no se puede vivir de idealismos sino de actualidad.

Y todavía comenta en otra parte: "Ser de izquierda es como ser de la derecha, una de las infinitas maneras que el hombre puede elegir para ser un imbécil: ambas, en efecto, son formas de la hemiplegia moral".

el deseo (porque solamente puede desearse lo que aún no ha llegado). Memoria, que es *inteligencia*, y deseo, que es *sentimiento*, nos proyectan en las dos direcciones ilusorias del tiempo.

Pero el tiempo presente es realidad porque es *acto*; y el acto es la objetivación de la *voluntad*. No hay acto sin voluntad de acción. La misma vida, que es acto de un ser viviente, se debe a la voluntad de existencia. Ningún acto dejar de ser presente para ser pasado (en cuyo caso ya no es acto) o para ser futuro (en cuyo caso todavía no es acto). Y como cualquier transformación es *acto*, sólo puede realizarse *en presente*. Una transformación en sentido de lograr felicidad y fraternidad sólo puede lograrse *actuando* feliz y fraternalmente. Exactamente igual que para estar sano no basta con acordarse de la salud o desear salud, sino que hay que *actuar* para lograr la salud.

En el "acto" que es la única realidad (por esto llamada "actualidad"), se manifiesta la voluntad o "impulso de realización", que es la esencia de nuestro ser. La *voluntad* que es

impulso, aliento o espíritu (de "spiro", soplar, alentar) es la fuerza proyectiva de la esencia en la existencia. Por esto, todo lo que en realidad somos, se manifiesta en nuestros actos; no tanto en nuestros pensamientos ni en nuestros deseos que pueden estar en total desacuerdo con nuestros actos.

Por esta razón también, la "acción perfecta" (o bien pensada) es salvadora; y no hay acción perfecta sin amor. "Acto puro, sin blanduras de potencia o posibilidades dormidas —que decía Santo Tomás de Aquino— acto puro, realización absoluta".

Pero penetremos todavía más en la médula del problema.

Si el presente es la única realidad, para vivir siempre en la "realidad", debemos vivir en una sucesión de momentos de "eterno presente". Sucesión que es aparente, puesto que lo presente, por ser presente a cada instante, no se sucede ni pasa. Es decir que, aquello que siempre puede estar presente y que se manifiesta en acto, como es la voluntad o "espíritu" de nuestro ser, es eterno.

Esta conclusión, a la cual otros y yo hemos llegado por diferentes caminos, nos manifiesta una vez más la "idealidad" del tiempo, que no pasa de ser una categoría o intuición subjetiva de nuestra mente. El tiempo es una propiedad de las cosas creadas, como hemos dicho recordando la frase de San Agustín: "El tiempo fué hecho con las cosas, que no las cosas en el tiempo". Frase que constituye un buen complemento de esta otra de Platón: "El tiempo es la imagen móvil de la eternidad".

Para objetivar pues una humanidad feliz y fraternal, hay que realizarla en actos de felicidad y fraternidad. El Paraíso Terrenal ya existe como realidad objetiva del mundo natural, en tantos lugares bellos y pródigos de la Tierra; pero no existe como estado social porque el egoísmo de los hombres lo ha borrado de su conciencia.

La felicidad y la perfección no pueden venir nunca de transformaciones exteriores a cada uno de nosotros; ni son cosa "del futuro" porque están fuera del tiempo; siendo fruto de la realidad actual de cada instante cuan-

do la inteligencia ha sabido comprenderlas y la voluntad está presta a realizarlas.

La acción perfecta, que es la que buscan como norma social los revolucionarios y los idealistas políticos o religiosos, solamente puede ser fruto del *amor*; entendiendo por amor el impulso de voluntad desinteresada. El amor es la llave que en este mundo del devenir nos abre la puerta de la eterna realidad del ser.

El amor nos saca de la rueda del tiempo y nos conduce a un estado de conciencia atemporal. Solamente en este estado nos es dable la felicidad, aún permaneciendo en este mundo del acontecer y del tiempo. Pero cuando la felicidad es un hecho, podemos comprobar invariablemente que ha sido forjada por el amor y la paz que son frutos de nuestra esencia eterna. Cuando realmente hemos sido felices lo expresamos diciendo: "El tiempo se me ha pasado volando", cuya frase demuestra nuestro estado de conciencia que, en cierto modo, ha logrado escapar al tiempo.

Las ilusiones del futuro feliz, cimentadas sobre medios inadecuados que tratan de ser

justificados por la finalidad, suponen un desconocimiento total de la Realidad. Por esto jamás se han plasmado en la historia humana, ni se plasmarán por estos medios. La ansiada "Nueva Era" no será mejor que la presente y las pasadas. (1)

Cada hombre puede realizar su "nueva era" en el fondo de su corazón cuando se despoje del espejismo que supone proyectar lo subjetivo en lo objetivo, tomando por verdadera la imagen que ha proyectado en el espejo de lo temporal. El hombre mira su alma en el espejo del devenir y se olvida de sí mismo; cosa que indujo a Platón a decir: "Somos como los eternos prisioneros que tomamos por

(1). Conviene todavía recordar a las personas sinceramente religiosas que, si este mundo tiene como objetivo el perfeccionamiento de las almas por la experiencia, es lógico que no vengan a esta vida más que almas imperfectas (exceptuando los pocos ejemplos de aquellas que vinieron a mostrar el camino de la salvación).

Si una vez que el alma ha llegado a la perfección no necesita venir a este mundo (es decir "se salva") hay que convenir en que un mundo de almas imperfectas no será nunca perfecto.

Por esta razón San Agustín identificaba la salvación del género humano con el fin del mundo.

realidades las sombras que se proyectan en las paredes de nuestro calabozo".

No hemos de esperar el nacimiento del redentor, sino hacerle nacer en nosotros mismos como quería San Pablo al decir acongojado a los Corintios: "Hijos míos; que estoy de parto de vosotros hasta que Cristo sea nacido en vosotros".

Si, como querían el Buddha, Kant, y Schopenhauer, el mundo no es más que nuestra "representación" mental, es en nuestra propia mente donde tenemos que realizar la perfección y la felicidad para luego verlas proyectadas en el espejo falaz del devenir.

VII

MEDITACION SOBRE LA DIFERENCIA DE CLASES SOCIALES Y EL DINERO

La desigualdad de las clases sociales estriba aparentemente en la desigualdad del reparto de los bienes materiales.

Los bienes materiales dan poder positivo, de lo cual resulta la existencia de opresores y oprimidos, mandatarios y subordinados, y hasta cultos e incultos según sean ricos o pobres.

Naturalmente, los pobres, incultos y oprimidos no están conformes con esta situación, y en su idea de que tienen la culpa los ricos, les odian y combaten, sin perjuicio de que

ellos, si hubiesen sido ricos, serían odiados por otros pobres.

El símbolo del poder positivo y temporal es el dinero, y alrededor de la conquista de este giran todos los anhelos del hombre como ser social.

Los más quieren el dinero para dominar o, por lo menos, para ser libres. Los idealistas que son los menos, aspiran a un mejor reparto de los bienes, y hasta verían de buen grado la desaparición del dinero.

Estos son los hechos. Pero, ¿se ha meditado bien si la diferencia de clases es una consecuencia del reparto desigual de los bienes materiales?, ¿se ha meditado bien como surgió el dinero y por que ha llegado a ser una necesidad social?

Veamos:

La diferencia de clases puede tener una raíz más profunda que el simple hecho de haber nacido rico o pobre. Por de pronto hay que reconocer que tan exento de culpabilidad está el que ha nacido en el seno de una familia rica como el que nacido en una familia

pobre; porque ninguno de ellos ha sido consultado antes de nacer a propósito de su Destino en este mundo.

El hecho de que un pobre tenga odio a un rico por su actual diferencia de situación, es tan insensato como el hecho de que el rico desprecia al pobre por la misma razón. Otra cosa es el hecho frecuente de que el pobre se encuentre disgustado al sentirse víctima del mal uso que de sus riquezas hace el poderoso.

Todo hombre, sea rico o pobre, debe preguntarse: ¿Por qué he nacido yo en mi actual situación económica? Como es difícil contestarse a esta pregunta sin recurrir a teorías metafísicas sobre el Destino, lo práctico es decirse: "Puesto que yo he nacido sin saber porque, en mi actual situación económica, voy a ver que debo hacer para sacar de ella el mejor partido posible.

Claro es: La posición lógica del pobre es tratar de mejorarse por su esfuerzo personal, y la del rico es emplear de una manera inteligente y altruista sus riquezas. Desgraciadamente, estas actitudes no son las más frecuentes. El espectáculo corriente es el que

nos proporciona el pobre que quiere mejorar de situación sin gran esfuerzo personal por perfeccionar su vida, y el rico que abusa de su poder de una manera egoísta.

Dejemos a un lado el elogio de la pobreza hecho por los principales religiosos de todos los tiempos, y que, por ser consecuencia de un espíritu de renunciación, no convence al hombre del mundo: Y vamos a considerar el lado "práctico" del problema.

La riqueza no hace la felicidad, como es bien sabido, pero ayuda a conseguirla si uno la usa inteligentemente. La pobreza no hace la desgracia, pero ayuda a ser desgraciado si uno no la sobrelleva con inteligencia.

De aquí resulta que es más importante ser inteligente que ser pobre o rico. Pero la inteligencia es otro capital que nos da o nos niega el Destino sin contar aparentemente con nosotros. Entonces ¿dónde hemos de ir a buscar la causa de todas estas situaciones? Quizá no está muy lejos de nuestro propio ser.

Hay pobres que tienen todas las ambiciones y deseos en cuanto a las cosas que puede proporcionar el dinero (bienes materiales,

poder social, vicios); y hay ricos, de espíritu sencillo, que carecen de dichas ambiciones y deseos. Dónde está pues la riqueza o la pobreza?

Puede decirse, pues, que la posición económica tiene mucho de espejismo al lado de la importancia real que tiene el ser rico o pobre de espíritu. Un pobre inteligente y ahorrativo es más rico que un rico despilfarrador y lleno de deudas. Puede que este último tenga casa propia y automóviles, mientras que el primero no tenga nada suyo, pero ¿y la riqueza de un trabajo bien administrado por la inteligencia?

También es cierto que un pobre trabajador e inteligente puede hacerse rico; y que un rico holgazán e insensato puede hacerse pobre.

Si consideramos, finalmente, que todavía no se ha dado en la historia una situación social en que no haya pobres y ricos, debemos concluir afirmando que la raíz de estas diferencias está más en la propia naturaleza del ser humano que en causas sociales externas.

El que es pobre de espíritu difícilmente puede llegar a ser rico o a mantenerse rico. Lo cual de ninguna manera quiere decir que toda persona de modesta posición económica sea pobre de espíritu.

La diferencia de clases tenemos que ir, pues, a buscarla en las diferencias espirituales: Hay tres clases de pobres: los que son pobres por su pobreza moral e intelectual; los que son pobres de bienes materiales por un exceso de riqueza espiritual incompatible con ese espíritu "práctico" que requiere la conquista del dinero; y hay también pobres por espíritu de renunciación voluntaria.

Los pobres por renunciación, como un Platón, un Buddha o un San Francisco (que fueron antes ricos), comprendieron la falacia de los bienes materiales. Los pobres por falta de habilidad para ser ricos (pero que hubieran querido serlo), como un Beethoven, un Haydn, un Mozart, fueron víctimas de su espíritu genial que siempre vivió "en las nubes". Los pobres por miseria moral o intelectual son los "auténticos pobres", esos que forman una "casta" verdaderamente inferior

de inadaptados y débiles mentales con o sin espíritu de revancha.

De todo esto se comprende la sabiduría que inspiró a los antiguos arios indostánicos al establecer una serie de "castas" sociales que correspondían a realidades del espíritu humano. Cada uno se plasma en la vida tal como es. No hay que echar la culpa a nadie. Cada uno de nosotros debe decirse: "Yo soy así. Y por ser así he aparecido en este mundo como estoy y donde estoy".

Es indudable que hay hombres superiores y hombres inferiores. No se puede pretender que estos hombres inferiores detenten el poder y la riqueza, como no podría pretenderse que dirigiesen una orquesta o diesen una cátedra de metafísica. Cada "casta" o "clase" social tiene su propio ámbito espiritual indesbordable, cosa que no depende del dinero sino de la "calidad" de la persona. Un pobre de dinero como Beethoven, pudo codearse con reyes y magnates que, por supuesto, no llegaban a la riqueza espiritual que él tenía, pero se movían en un ámbito de cultura propio de una cierta "casta espiritual". Un rico,

como hay tantos por este mundo, que se gasta sus riquezas en juergas y borracheras por los grandes hoteles y playas de moda, se mueve dentro del "ámbito psíquico" de otra "casta social" muy distinta y muy distante de la anterior.

¿Cómo vamos a identificar en el seno de una sociedad equitativa a estos dos hombres por muy buena voluntad que nos guíe?

La igualdad democrática —decía Carrel— puede aplicarse a los hombres pero no a los individuos. Un débil mental no puede tener los derechos que un super-dotado. Y por esto, el credo democrático, como no ha podido elevar a todos hasta un grado de superioridad humana, se ha visto obligado a rebajar a los individuos superiores hasta el grado mediocre de la mayoría para realizar dicha igualdad. Y con esto, va desapareciendo la personalidad.

No cabe duda que, esta falta de personalidad de que adolecen la mayor parte de los individuos, puede ser sustituida en el ambiente social por la personalidad que da lo posesión de riquezas. Es decir, el poder material

sustituye a la categoría espiritual. Pero, como es natural, esto no es más que una ilusión basada en un valor falso. (1)

Hay ricos también de tres clases: El que emplea su dinero en obras de utilidad social; el que guarda sus riquezas para disfrutarlas él solo de una manera egoísta; y el que emplea su poder material para tiranizar, dominar y absorber a sus semejantes. No pueden ser encuadrados en la misma "casta" o "estirpe" por mucho empeño que pongamos.

Podemos deducir de lo expuesto, sin gran violencia, que, la diferencia de clases no es una consecuencia del reparto desigual de los bienes, sino de la "casta espiritual".

Tócanos ahora meditar sobre el origen y necesidad del dinero, que no es ninguna invención del diablo, sino una consecuencia de la sociabilidad y de la división del trabajo.

Para esto vamos a imaginarnos a tres individuos que conviene reunirse para vivir

(1) La auténtica democracia debe estar basada en un grado mínimo de conciencia y responsabilidad; para que la mayoría consciente y responsable sepa hacerse gobernar por una aristocracia del talento y de la virtud.

en sociedad. El uno hace zapatos, el otro siembra patatas, y el tercero compone música.

El zapatero tarda cinco días en hacer un par de zapatos; el hortelano tarda cinco meses en labrar la tierra y cosechar 50,000 patatas, y el músico tarda una semana en componer un vals.

El músico necesita zapatos y patatas, y dice a sus compañeros: Amigo zapatero: Como tú tardas cinco días en hacer un par de zapatos y yo tardo siete días en hacer un vals, quiere decirse que yo te daré 2 vales por tres pares de zapatos. Y a tí, amigo hortelano, como tardas una semana en producir 2,331 patatas, te daré un vals por dicha cantidad de tubérculos. Creo que esto es lo justo según la cantidad de tiempo que empleamos en nuestros respectivos trabajos.

Aceptan los dos compañeros tan sensata proposición, y el zapatero echa de ver que a él por cada par de zapatos hechos en cinco días le corresponden 1,667 patatas. Y el hortelano advierte que él por cinco días de trabajo campestre puede adquirir un par de zapatos o casi un vals. La cosa no está mal.

Pero... el zapatero no puede comerse 1,667 patatas en los cinco días que tarda en hacer los zapatos, ni el músico se come las 2,331 patatas en los siete días que tarda en hacer un vals. Se les acumularían y pudrirían las patatas, si no tuviesen otro pago por su trabajo. Por otra parte, como las zapatos pueden durar cinco o seis meses, el zapatero encuentra muy justa la ración de nueve patatas diarias (que le corresponden) para su alimentación, sin más preocupación que hacerlas durar los seis meses que duran los zapatos al otro. El músico, por su lado, puede producir obras de arte tranquilamente porque tiene patatas y zapatos para rato.

El hortelano es la única víctima de este convenio, por que se le acumulan y pudren las patatas, mientras que el zapatero y el músico van comiendo sin necesidad de trabajar en exceso y sin temor a que se deteriore el producto de su trabajo.

Entonces el hortelano decide no trabajar más que lo estrictamente necesario para comer él y para comprar dos pares de zapatos y dos vales al año; reduciendo de este modo su trabajo hasta no producir más que 7,002

patatas al año, con lo cual comen los tres y él no trabaja más que treinta días escasos repartidos en poco más de hora y media diaria en un lapso de cinco meses.

Resulta de todo esto, que, a igualdad de necesidades, y cada seis meses, el hortelano trabaja una hora al día, el zapatero menos de hora y media diaria, y el músico menos de una hora en el mismo tiempo. El más cargado de trabajo es el zapatero.

Pero, claro es, la familia se multiplica: todos comen patatas pero no todos necesitan vales ni desgastan los zapatos a la misma velocidad. Además se quieren incorporar a la sociedad otros individuos y familias que producen otros artículos útiles para todos. El intercambio de productos basado en las horas de trabajo que exigen, resulta complicadísimo y a veces insostenible. Hay cosas que duran toda la vida, como un piano, y cosas que duran minutos como las patatas que se consumen. Es muy difícil pagar un piano por medio de un suministro de patatas o de zapatos.

Nuestros amigos, en vista de esto, convienen fijar una unidad convencional que cubra la remuneración de un tiempo de trabajo determinado, por medio de algo imprescindible para la vida; y adoptan el tipo de nueve patatas por hora de trabajo (9 patatas-hora); pero como no puede ser pagado todo el trabajo de un individuo solamente en patatas, porque se pudren, se adopta un papel o una plaquita de metal al cual se le asigna un valor convencional de 9 patatas, firmado por uno de los socios. El metal o el papel-patata, se convierte así en un medio de intercambio, nivelación y remuneración del trabajo. Y a esto los socios lo llaman "dinero".

Mas, sucede que, cualquier individuo laborioso de la comunidad, puede trabajar con tesón recibiendo y acumulando dinero o monedas en mayor cantidad de la que necesita para sus necesidades; y entonces se enriquece, sin que esto sea un delito ni un inconveniente. En cambio otro, que no siente deseo de trabajar, se reduce a ganar las nueve patatas diarias, quedando siempre en situación modesta. El trabajador se hace esclavo de su trabajo pero adquiere poder; el menos trabajador tie-

ne tiempo de pasear y meditar pero se queda relegado. Este último puede haber preferido los goces del espíritu al poder material, o simplemente es un perezoso.

Así pues, la ganancia de cada uno depende de la utilidad que su trabajo tenga para la colectividad (utilidad real o convencional), y de su capacidad de trabajo.

Tenemos ya a la sociedad y al dinero. ¿Quién ha tenido la culpa de que haya pobres y ricos? No ha sido el Destino prefijado, ni la constitución e injusticia de la sociedad, sino la actividad más o menos utilitaria de cada uno. Cada uno debe preguntarse: ¿Porqué soy pobre? ¿Porqué soy rico?

Luego vienen al mundo más individuos que nacen en ambiente pobre o en ambiente pudiente. ¿De quién es la culpa? Nadie lo sabe; pero el pobre se revela contra la "injusticia social". Quiere tener como los pudientes y cree que debe llevarse a cabo un "mejor y equitativo reparto" de los bienes terrenales. Pero ¿porqué no se ha conseguido esto jamás en la historia humana? Sencillamente, por las diferencias de "casta espiritual" de los indi-

viduos. Pero no se crea por esto que los de la "casta" más elevada son los más ricos y poderosos (aunque esto pueda coincidir en alguna ocasión). En una palabra, la clase adinerada puede no ser la auténtica aristocracia, y generalmente no lo es. El prurito del trabajo utilitario y remunerador no suele atezar al hombre de espíritu superior. Los valores del espíritu no suelen coincidir con los valores monetarios; y las religiones rechazan y desprecian estos como serio inconveniente para lograr los primeros.

¿No es pues un pueril espejismo tratar de modificar por artilugios políticos o por medios violentos el hecho de la diferencia de "clases" y "castas", que está enraizada en la diferencia de modos de "ser" de cada individuo?

Los hombres no pueden ser un rebaño igualitario como ciertos animales. "Los leones no andan en manadas, ni las águilas vuelan en bandadas". Tan respetable es la riqueza que tiene un hombre trabajador y ambicioso como Ford, como la pobreza que tiene un hombre renunciador como Francis-

co de Asís. Ambas situaciones han dependido de su autonomía y libertad social; y, en el fondo, y su "manera de ser". El que pueda que haga otro tanto.

Pero las utopías e ilusiones de tantos inadaptados y revolucionarios, dependen de que ellos quieren estar en una situación *que no corresponde a su manera de ser*; y, naturalmente, nunca la consiguen. Yo he visto revolucionarios que se hicieron dueños de los palacios de los potentados, y no supieron pisar una alfombra, contemplar una hermosa pintura, ni cuidar un sillón de raso. ¿Para que querían palacios?

Sé de sobra que alguno me puede contestar: Esto ocurre porque esos infelices han carecido de dinero para educarse y para cultivar su inteligencia. Pero este argumento carece de fuerza suasoria. La educación que puede proporcionar el dinero no afina el espíritu del que le tiene como por naturaleza; y la pobreza no impide la inquietud, el ansia y la voluntad de saber que tiene un hombre de espíritu superior. Todos hemos visto jóvenes de familias adineradas, educados en

grandes y costosos colegios, que se emborrachaban y ponían los pies sobre los muebles suntuosos de su palacio; así como también hemos visto hijos de humildísimos obreros que, como Schubert, Cajal y otros, llegaron a las cumbres de la cultura y de la distinción por la finura de su espíritu genial. (1)

Cada cual es como "es" y no depende de la contextura social. La existencia de "castas espirituales" es un hecho incontrovertible; y lo menos malo que podrá ocurrir en una sociedad humana, es que las "clases sociales" se correspondiesen con las "castas espirituales".

Justísimo es garantizar los "derechos humanos" asegurando a cada uno los medios de vida que requieren sus necesidades físicas, mentales y espirituales; pero pretender la igualdad de todos, borrando toda diferencia de posición económica y de "casta", es como

(1). Recuerdo el caso del arquitecto español Balmés, que habiendo nacido en familia muy pobre, se costeó la carrera de arquitectura con lo que ganaba vendiendo periódicos. ¿En qué "casta" habría que colocar a un hombre como este, que de "paria" se elevó a "brahmán" con su esfuerzo de voluntad y su privilegiada inteligencia?

pretender que el Sol se pusiera en el lugar de la Luna y la Luna en el del Sol. El Sol está en el centro del Sistema porque ha sido creado con naturaleza de Sol; y el centro del Sistema por ser tal y para ser tal se convirtió en un Sol. Es la "esencia" de cada ser lo que le da su posición en el orden universal, que no es igualdad sino desigualdad organizada o sea "armonía". Y el hombre no puede exceptuarse de esta ley.

VIII

MEDITACION SOBRE SOCIABILIDAD E INDIVIDUALISMO

El instinto de *sociabilidad* es uno de los diez instintos de la psiquis humana. (1)

Todos los instintos, que son impulsos naturales y espontáneos de nuestra naturaleza psico-física para el mantenimiento de la vida, se van trascendiendo con el cultivo de la inteligencia y del espíritu. Puede prescindirse de satisfacer el instinto de propiedad en aras de un ideal de renunciación religiosa; puede abolirse la función reproductora con vistas a una superación espiritual; puede uno subyu-

(1). Conservación, reproducción, propiedad, familia, sociabilidad, proporcionabilidad, libertad, miedo, trabajo y verdad.

gar su libertad y someterse a la obediencia por una disciplina ascética. Y así pudiéramos decir de todos los instintos en general, que pueden quedar dominados por la razón y la voluntad, facultades de nuestra naturaleza superior.

Todo dominio de los impulsos instintivos es señal de engrandecimiento y progreso del espíritu.

El progreso espiritual acentúa la individualización, sacando, poco a poco, al hombre del conjunto gregario de la masa instintiva. (1) Todo camino o estado de superación, supone diferenciación, cada vez más acentuada, del individuo. El desarrollo del embrión no es más que un proceso de diferenciación, individualización y progreso: De una sola célula (el "óvulo") se van destacando grupos de células con funciones cada vez más especializadas, cuya culminación se halla en la célula nerviosa, que, a fuerza de diferenciación y

(1). Sabido es también que cierta escuela filosófica admite el hecho de la "individualización" de los animales, cuando por el progreso consciente, se salen del espíritu gregario de su especie.

alcurnia fisiológica, pierde la capacidad de reproducirse.

Esto es más evidente en cuanto al instinto de sociabilidad se refiere. El espíritu de masa es contrario a la perfección de cada individuo, porque le impide destacar sus rasgos propios. De aquí que, las grandes personalidades que han servido de faros o guías a la humanidad, se hayan desarrollado en un relativo aislamiento o rebeldía del sentir y del pensar común; divorciados hasta cierto punto de las aspiraciones de ese "vulgo errante, municipal y espeso" de que hablaba Rubén Darío.

El peligro que para la formación de grandes y valiosas individualidades suponen las tendencias democráticas y socializantes de ciertas épocas de la historia humana, la señaló muy acertadamente Alexis Carrel.

La opinión de la mayoría, supondrá siempre el reinado de la medianía, porque es siempre el triunfo de la vulgaridad. De aquí que muchos grandes filósofos hayan preconizado el gobierno aristocrático del talento y de la bondad.

Dice el mencionado Alexis Carrel: "El credo democrático no conviene al hecho concreto que es el individuo. Es cierto que los seres humanos son iguales. Pero los individuos no lo son. La igualdad de derechos es una ilusión. Los débiles mentales y el hombre de genio no deben ser iguales ante la ley. El estúpido, el ininteligente, aquellos que son dispersos, incapaces de atención, de esfuerzo, no tienen derecho a una educación superior. Es absurdo darles el mismo poder electoral que a los individuos completamente desarrollados. Los sexos no son iguales. El principio democrático ha contribuido al fracaso de la civilización, oponiéndose al desarrollo de una élite. La "estandarización" de los hombres merced a los ideales democráticos ha determinado ya el predominio de los débiles. Como era imposible elevar a los tipos inferiores, el único medio de producir la igualdad democrática entre los hombres, ha sido rebajarlos todos al mismo nivel. De este modo desapareció la personalidad".

De todas estas consideraciones se deduce que el individualismo es más conveniente para

el progreso humano que toda tendencia o espíritu de masa.

Las masas o colectividades no han hecho nunca nada tan importante como ciertos individuos aislados de gran capacidad.

Este punto de vista es compatible con ese espíritu de justicia que nos induce a mejorar el nivel de vida de las clases sociales inferiores, de los "desheredados de la fortuna", de esas gentes que viven humilladas y que solamente pueden salir de su miseria física cuando salgan de su miseria espiritual por una educación suficiente. Para ellos es necesaria la "dictadura pedagógica" que dijo un dirigente regionalista español. (Blas Infante).

Pero adviértase que las soluciones "colectivas" son ilusorias en sus resultados, porque la "sociedad", la "colectividad" y la "masa" no son realidades sino abstracciones o conceptos. La realidad es el "individuo" que en unión de otros forma lo que definimos con la palabra "sociedad". Cada ley o aspiración del conjunto se halla modificada por el carácter y condiciones de cada individuo componente. Ya dijo Schopenhauer refiriéndose a este pro-

blema: "El querer es lo que importa, y el querer solo obra en los individuos; las masas y los pueblos son solamente abstracciones".

Una misma norma no puede convenir a todos y a cada uno de los casos concretos. De aquí las dificultades de la convivencia. Dificultades que han sido reconocidas por el consenso popular en aquel refrán que dice: "Cada uno en su casa y Dios en la de todos".

La sociabilidad es un instinto que lleva a determinados grados de convivencia, y al cual hay que poner límite en cuanto empieza a dificultar el progreso individual. Sacrificar al individuo en aras de la colectividad es un craso error que destruye la colectividad misma, que está formada de individuos.

La libertad, que es otro instinto de los seres humanos (y de muchos animales), se contrapone a la sociabilidad en cierto modo. Cuanto más lazos de convivencia (u obligaciones sociales), menos libertad.

Los instintos necesitan armonizarse en determinado grado; y ninguna fórmula social que vaya contra los instintos es viable. Por

esta razón, la insatisfacción del instinto de propiedad, de familia, de libertad, de verdad, etc., provoca reacciones hostiles de la gran mayoría de los individuos.

La comunidad de bienes somete al individuo a las necesidades de la mayoría y limita su libertad e iniciativa. Y un individuo sin libertad y sin posibilidad de desarrollar su iniciativa, pierde personalidad. (1)

Por otra parte, cada individuo tiene su línea de conducta marcada por sus aptitudes y vocaciones, que deben ser absolutamente respetadas si no son peligrosas para los demás. Dijo Goethe que "al yo" solamente se le encuentra por la acción siguiendo la vocación". Vese pues que este imperativo de la vida espiritual exige una individualización incompatible en muchos casos con todo espíritu gregario.

Podemos, en resumen, afirmar que, la perfección de cada individuo, que es el resultado del libre desarrollo de sus tendencias in-

(1). Dice muy acertadamente Ortega y Gasset que "el instinto de superación y predominio es más profundo que el de conservación".

natas, exige, autonomía. Esta deducción no implica egoísmo en un bajo sentido, aunque suponga afirmación del "ego". El "ego" afirmado y engrandecido, puede ser más útil si luego sabe ponerse al servicio de la colectividad "motu proprio". Solamente puede "renunciar a la personalidad" el que antes se ha ocupado de tener personalidad. (1)

Es un hecho que el ser humano es egoísta por naturaleza, porque cada ser tiene como base de su vida individual los instintos de conservación y de reproducción, y esto le exige la defensa de su libertad para poder satisfacer estos imperativos. La vida social hay que cimentarla, pues, sobre el reconocimiento de la

(1). Dice Krishnamurti: "Si retenemos la psicología de la masa, no puede haber confianza en uno mismo; única cosa que puede ayudarnos a comprender la realidad".

"No quiere esto decir que las organizaciones sociales no deban existir, lo cual sería absurdo; pero las organizaciones sociales verdaderamente cooperativas, de acuerdo inteligente, pueden existir solamente cuando hay confianza profunda psicológica en uno mismo". (Pág. 53. "Conferencias en Ojai y Sarobia", 1940).

Lo cual quiere decir que hay que cultivar el "yo" individual, huyendo de la "psicología de masa", para confiar en sí mismo.

existencia del egoísmo natural. Y esto ha sido tenido en cuenta en la máxima moral básica que dice: "No hagas a los demás lo que no quieras que los demás te hagan a tí". En esta máxima hay un claro sentido de la buena administración del egoísmo humano.

En todos los aspectos de la vida, lo concreto es lo útil. En esto estriba también el éxito de los inconvencionales principios de la medicina de Hipócrates, basada en la *individualización* del caso. No se puede hacer terapéutica acertada a base de considerar la enfermedad (o entidad nosológica), que es una abstracción, sino a base de estudiar las necesidades de determinado enfermo. También esto fué recogido por el buen sentido popular, cuando dijo: "No hay enfermedades sino enfermos". Por desentenderse de esto, ha caído en el desprestigio y fracaso la fórmula de "a tal enfermedad tal remedio", que Alexis Carrel critica acertadamente, por no ser más que un juego mental de conceptos.

Creo pues en el individualismo y desconfío de las fórmulas colectivas, porque cada ser humano es un "microcosmos", un mundo

aparte de los otros. "Las águilas son independientes porque no vuelan jamás en bandadas" dijo Pitágoras. La perspicacia de este filósofo supo adentrarse en el fondo de este problema, ensalzando las ventajas espirituales del individualismo, como cuando agregó en otra de sus inmortales sentencias: "No pertenezcas a ninguna sociedad sabia; los sabios mismos cuando forman corporación, se convierten en vulgo".

Dr. Eduardo Alfonso

Río Piedras (P.R.) Mayo 1954.

INDICE

<i>Introducción Necesaria</i>	9
I.— <i>Meditación sobre la Esencia Eterna del Yo</i>	13
II.— <i>Meditación sobre el Tiempo</i> . .	59
III.— <i>Meditación sobre el Espacio</i> .	87
IV.— <i>Meditación sobre el Conocimiento</i>	133
V.— <i>Meditación sobre el Pensamiento y la Verdad</i>	141
VI.— <i>Meditación sobre la "Era Feliz"</i>	149
VII.— <i>Meditación sobre la Diferencia de Clases Sociales y el Dinero</i> .	165
VIII.— <i>Meditación sobre Sociabilidad e Individualismo</i>	183

Este libro se terminó de imprimir
el día 15 de junio de 1956 en los
Talleres Gráficos Editorial Orión
Laguna de Mayrán 208. México, D. F.